

Pierre Louÿs

Las canciones de Bilitis



Traducción y prólogo de Mariano Navarro

Lectulandia

Todo es en este libro tan poético y tan emotivo, que en verdad puede decirse de él que es una joya de las letras. La gracia sonriente y dulcísima de sus Bucólicas, el ardor apasionado y sombrío de sus elegías y la viva y punzante agudeza de sus Epigramas tienen su sabor tan puro, tan helénico y tan delicioso, que es difícilmente superable. Juan Bergua

Lectulandia

Pierre Louÿs

Las canciones de Bilitis

ePub r1.1

Titivillus 04.04.15

Título original: *Les chansons de Bilitis*
Pierre Louÿs, 1894
Traducción y prólogo: Mariano Navarro
Ilustraciones: Willy Pogány
Diseño de cubierta: alnoah

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

En carta a su hermano Georges, fechada en abril de 1849, Pierre Louÿs hace balance de sus proyectos más inmediatos y no menciona entre ellos las primeras Canciones que recuerdan a una cortesana llamada Bilitis.

Louÿs sólo sabe entonces que esa mujer va a tener una larga vida, prolongada en sucesos y amores y que él va a hacer memoria de los más hermosos.

En julio de ese mismo año, camino de Bayreuth, visita a su amigo André Gide, convaleciente en Champel (Suiza) y recién llegado de un viaje por África del Norte.

Gide le habla emocionadamente de Argelia y de una mujer, Meryem ben Alí, una hermosa argelina a quien Gide y su compañero de viaje, el pintor Laurens, han conocido en Biskra y con quien, al parecer, ambos han medido, en esas inútiles pruebas a las que Gide parece fue aficionado, su virilidad maltrecha.

Respondiendo a una llamada de la que todo lo ignora, Louÿs, acompañado a su vez por su amigo Herold, olvida el viejo sueño adolescente de visitar el santuario wagneriano e inopinadamente parte el 18 de julio rumbo a Argel.

Argel. El-Kantara. Biskra. En Biskra las fiebres y, presumiblemente, en los largos días de enfermedad, la llegada de Meryem-ben-Alí. Luego, los barrancos de Rummel, y finalmente, Constantina.

A Constantina se desplaza también Meryem, que vive con Herold y Louÿs en una hermosa finca.

Es, realmente, en Constantina donde Louÿs rememora la biografía de Bilitis. Allí es, pues, donde por vez primera sueña a Bilitis —que ya tiene rostro y figura y la curva displicencia del gesto árabe— y allí concibe a la madre fenicia, al padre ausente y a las hermanas ceñudas y pendencieras. A las amigas juguetonas y a Likas —tan pagado de sí mismo y tan tierno—. Sus amores desafortunados y una irresponsable maternidad que nos parece luego el más acertado augurio de su vida tumultuosa.

Se embarca hacia Mytilene, y Louÿs, que sabe cómo se les transforma la voz a las jóvenes cuando adquieren conciencia de sí mismas, presta oídos a la voz nueva de Bilitis y evoca sus amores con la jovencísima Mnasidika y sus días mejores. Evoca después los celos de Bilitis y ese desprendimiento alocado de su cuerpo que nos vaticina su entrega, ya próxima, a lo mundano.

Bilitis se marcha a Chipre, a la isla de la diosa, con la certeza de que le aguarda el cómputo total de los excesos. Y Louÿs la recuerda en las primeras sorpresas de su vida de cortesana, en su esmerada y completa educación y también en la embriaguez de sus conocimientos y en esa madurez narradora que, pareja a la del propio Louÿs, rememora con la fatiga de los años el delirio sin balanza de la juventud.

Constantina y Meryem y la memoria de Bilitis cuando la cortesana era en Louÿs únicamente pensamiento nacido de su saber sobre el mundo griego y la figura subterránea de Gide —causante a medias voluntario de las vivencias de Louÿs—,

escriben las canciones de Bilitis.

Así me explicó esas referencias que Pierre Louÿs hace de su propia vida dedicando la primera edición de las canciones —publicada en 1895 bajo la firma «P. L.» en un hermoso volumen de cubiertas blancas repetido en número de 500 ejemplares— «A André Gide y Meryem ben Alí, 11 de julio de 1894».

El 11 de julio fue precisamente el día de su llegada a Champel y, presumiblemente, la primera vez que el alterado Gide pronunció ante él el nombre de Meryem.

El prólogo, escrito a su vuelta a París, en septiembre de 1894, lo fechó sin embargo, «Constantina, agosto de 1894». En agosto, en Constantina, nació, definitivamente, la biografía de Bilitis.

Y en las canciones prima siempre, sobre la exactísima descripción de una vida, un espíritu cierto de hacer de las palabras sensaciones. El recuerdo de Bilitis es recuerdo de Pierre Louÿs.

Como si una vida le corriera por dentro y pretendiera —«insensatamente», como dice— alimentarla de palabras hasta que éstas se la devolvieran con la sensualidad irrepetible con que nos vive la vida.

Bilitis es Louÿs y algo más, y Louÿs quiere alcanzar esas cotas del «decir» que más atrás en el tiempo nos configuraron como humanos.

En julio de 1895 el mundillo literario parisino comenta el compromiso matrimonial de Henry de Regnier y de la mayor de las hijas del poeta J. M. de Heredia, Marie, bien considerada a su vez como poetisa y a quien «todo el mundo» —como él mismo escribe— imaginaba destinada a convertirse en esposa de Pierre Louÿs, «si tuviese diez mil libras de renta; pero ella y yo juntos no contamos siquiera con la mitad». Y es el caso que las libras son tanto más imprescindibles cuanto más crecen las deudas de Heredia padre, jugador empedernido y malhadado de bacarrá.

Pierre Louÿs, arruinado y temiendo la inevitable negativa, ni siquiera se declara. Regnier, más adinerado aunque menos querido, obtiene los consentimientos necesarios y en octubre de 1895 se celebra la boda.

Tras el compromiso Louÿs se retira a Lapras —acompañado una vez más por Herold— y allí escribe *Afrodita*, la novela que inoportunamente le hará luego rico y famoso.

Desde la boda de Marie, Louÿs, a poco que puede permitírselo, deja París, donde comprende que «nada, excepto dolorosos recuerdos, le retienen», y así visita algunos lugares de Francia, recorre España y el 15 de diciembre de 1896 desembarca de nuevo en Argel. El 18 deja el hotel donde se hospeda y se traslada a una deliciosa villa alquilada, «Fontaine-Bleue». Reemprende Las canciones de *Bilitis* añadiéndole piezas nuevas e inicia un relato —luego titulado *La mujer y el pelele*— en el que una mujer dura y arrogante y otra enmuellecida y casquivana azotan con su voluptuosidad a un pelele.

En enero, parece juego de espejos, una enfermedad grave, una neumonía, cuya

convalecencia le regala a Zohra ben Brahim, que dicen fue descrita por Louÿs en «Psiché» como sigue: «esa fuerza primitiva, ese encanto simple y desnudo que emana de ella, que sugiere a la carne y al espíritu el gozo de la unión ardiente».

En unas fotografías en las que Louÿs la tomó como modelo muestra que hay en ella cuando menos dos mujeres, una sugiere los desmayados y chispeantes adornos de la adolescencia que deja de serlo, la otra el amplio lecho de un cuerpo de mujer que adivina que ya no vivirá mucho.

Su amor fue tan hondo como profundo era el amor que debía suplantar.

Louÿs aumenta el número de las canciones y a buen seguro hay, en las nuevas, sensaciones y presencias muy distintas a aquellas que recordó en boca de Meryem. No en vano la ruptura de su amistad con André Gide algún tiempo antes y la pérdida de Marie de Heredia pesan en su ánimo. No tengo más datos que su transparencia para creer que son aquéllas en las que el exceso resulta casi descarado y esas otras en las que la voluntad pretende cubrir la intensidad ausente del amado; o ésas en las que una explosión de los sentidos aúna a Bilitis con el mundo. «Noche abrasadora, nochehembra que procreaste los dioses ¡cómo penetras hoy en mí y cómo me siento preñada de tu primavera!». Copia este principio de una canción a su hermano George en una carta fechada el 22 de abril de 1897 y le confiesa haberla escrito en la terraza más alta de su casa, al aire abrasador y bajo un cielo inimaginable y no haber alcanzado lo que deseaba: «Pero no es eso, es muy poco; tengo una necesidad absoluta de escribir y no puedo escribir lo que siento».

Y continúa su canción: «Las flores que florezcan, nacerán todas de mí; el viento que se respira es mi aliento; las estrellas están una por una en mis ojos».

Y él, que quiere «olvidarlo todo, huir de todo, hacer como los trapenses» —qué idea inimaginable ésa de un trapense de la voluptuosidad sensual, Argel y Zohra y el recuerdo y el anhelo de una voluptuosidad mayor, Marie de Heredia— «para esperar tranquilamente el final en un lugar donde la brisa sea cálida, las mujeres hermosas y las flores perpetuas».

Se abofetea por «su impotencia ante las cosas grandes», y le insulta que «sus pobres preocupaciones de ritmo y sonoridad sean tan pueriles y pedantes ante los modelos eternos».

«Pienso que esto no ha cambiado desde que el hombre existe. Lo que he sentido esta noche me hace llorar y me desespero por no poder decíroslo a los demás. Otros, sin duda, lo han dicho mejor, mil veces mejor; pero aún y así, todavía eso es nada. Seguramente no son los más dichosos, sino los más sabios quienes se contentan sintiendo y se resignan al silencio».

En 1897, como en el 94, cuando la primera Bilitis, Louÿs asume de nuevo esa «insensata pretensión» de describir de una vida los modelos que, desde antes que ella misma fuera, la configuraron ya como sensualmente humana. Y se vuelven palabras sus deseos y se reconoce, y, por tanto, quiere desprenderse de todo lo que no sabe y nombrar una por una las sorpresas de su persona.

La voluntad y el azar llevan a Zohra con Louÿs a París y juntos se instalan en el apartamento de éste.

Después se exhiben juntos con modales tan estentóreos que, conociendo la docilidad de Zohra, parecen indicar que la intención de Louÿs es llamar la atención de alguna persona en concreto: Marie de Heredia.

Es como si Pierre hubiese aprendido el recetario secreto que convirtió a Bilitis en irresistible. Todo ocurre como si Bilitis misma velase por él. Marie de Heredia y Pierre Louÿs celebran, en octubre de 1896, sus «bodas misteriosas» —¡qué osado suponer que el estar de ambos en el pequeño apartamento de la rue Carnot fue con ánimos parejos a los que reunió siglos antes a Bilitis y Mnasidika en casa de la primera en Mytilene!

Louÿs mantiene como mejor puede su relación con ambas mujeres, Zohra y Marie, y procura simultanearlas. Ya desde el principio la característica de estos amores es teñirse de la presencia de terceros. Marie continuará viviendo con Regnier, Louÿs con Zohra; Marie se entretendrá con Jean de Tinan, Louÿs finalmente contraerá matrimonio con Louise Heredia, la hermana pequeña de Marie y con ambas procreará hijos.

En julio de 1898 aparece la segunda edición de *Las canciones de Bilitis* —que es la que actualmente conocemos y que incluye las escritas entre 1896 y 1897—. Ha desaparecido la dedicatoria a Gide y a Meryem ben Alí, Bilitis ha conocido ya tantos amores y tantos sucesos, ha afilado de tal forma su descripción de la sensualidad femenina que Louÿs se permite dedicarla «a las muchachas de la sociedad futura».

Zohra reapareció varias veces en la vida de Louÿs, cruzando siempre su destino con el de alguna de las hijas de Heredia, sufrió al parecer mucho y, después de una breve existencia desproporcionada, terminó apuñalando a una rival que quiso robarle un hombre menos querido seguramente que Pierre Louÿs.

MARIANO NAVARRO
Madrid, marzo de 1891



VIDA DE BILITIS

Nació Bilitis en los inicios del siglo VI antes de nuestra era en una aldea enclavada a orillas del Melas, al oriente de la Panfilia. Tierra grave y triste, oscurecida por bosques umbrosos y dominada por la masa enorme del Tauro; brotan manantiales calcáreos de la roca; grandes lagos salobres se estancan en las alturas y el silencio llena los valles.

Era hija de un griego y de una fenicia. Parece ser que no conoció a su padre, por cuanto no interviene en ninguno de sus recuerdos infantiles. Quizá incluso muriera antes de que viniese ella al mundo, ya que de otro modo mal se explica que llevase un nombre fenicio, que sólo su madre pudo darle.

En esa tierra, casi desierta, vivió junto a su madre y sus hermanas una vida tranquila. Otras muchachas que fueron sus amigas moraban en las cercanías. En las boscosas laderas del Tauro los pastores apacentaban sus rebaños.

Se levantaba con el canto del gallo, iba al establo, abrevaba los animales y los ordeñaba. Durante el día, si llovía se quedaba en el gineceo hilando su copo de lana. Si el tiempo era bueno corría por los campos y jugaba con sus compañeras a los mil juegos de los que nos habla.

Bilitis era ardiente devota de las ninfas. Los sacrificios que ofrecía eran casi siempre para su fuente. A menudo hasta les hablaba, pero a mí me parece que nunca las vio, ya que relata con veneración los recuerdos de un anciano que las sorprendió un día.

El final de su vida pastoril se vio entristecido por un amor del que sabemos poca cosa aunque lo evoque extensamente. Dejó de cantarle tan pronto se volvió desgraciado. Madre de una criatura a la que abandonó, Bilitis deja la Panfilia por misteriosas razones y no volvió a ver jamás el lugar de su nacimiento.

La reencontramos en seguida en Mitilene, adonde llegó por mar, costeando las bellas playas de Asia. Según las conjeturas de M. Heim, que estableció verosímilmente algunas fechas en la vida de Bilitis mediante un verso que hace alusión a la muerte de Pitakos, tenía apenas dieciséis años.

Lesbos era entonces el centro del mundo. A medio camino entre la hermosa Ática y la fastuosa Lydia, su capital era una ciudad más ilustrada que Atenas y más corrompida que Sardes: Mitilene, edificada sobre una península frente a las costas de Asia. El mar azul cercaba la ciudad. Desde la eminencia de los templos se distinguía en el horizonte la blanca línea de Atarnea, el puerto de Pérgamo.

Las calles angostas y siempre atestadas de muchedumbre resplandeciente de tejidos abigarrados, túnicas púrpura y jacinto, cyclas de sedas transparentes, bassaras arrastradas en la polvareda de sandalias amarillas. Las mujeres llevaban en las orejas grandes aros de oro ensartados de perlas en bruto y en los brazos brazaletes de plata maciza toscamente labrada. Incluso los hombres lucían brillante el cabello y perfumado de raros aceites. Los tobillos de las griegas iban desnudos

bajo el castaño de los periscelis, largas serpientes de metal claro que tintineaban sobre los talones; los de las asiáticas se movían en cómodos escaarpines. Los viandantes se detenían en grupos ante las tiendas que exhibían en la puerta las mercancías: alfombras de colores sombríos, gualdrapas recamadas con hilos de oro, joyas de ámbar y marfil, según los barrios. La animación de Mitilene no cesaba con la luz del día: no había hora tan tardía como para que no escapasen por las puertas abiertas sonos de alegres instrumentos, gritos de mujeres y el tableteo de las danzas. Pitakos, que pretendía imponer algo de orden en este libertinaje perpetuo, dictó una ley que prohibía actuar en los banquetes nocturnos a las flautistas más jóvenes; pero esta ley, como todas las que pretenden cambiar el curso natural de las costumbres, no impulsó a la observancia, sino al secreto.

En una sociedad en la que los maridos tenían la noche ocupada en el vino y las bailarinas, las mujeres debían irremisiblemente conciliarse y buscar entre ellas el consuelo para su soledad. De ahí que se enternecieran con esos amores delicados, a los que ya la antigüedad daba su nombre, y que más alimentan, piensen los hombres lo que piensen, una pasión verdadera que una búsqueda viciosa.

Entonces Safo aún era bella. Bilitis la conoció y de ella nos habla bajo el nombre de Psappa, que era el que llevaba en Lesbos. Fue, indudablemente, esta admirable mujer quien educó a la pequeña panfiliana en el arte de cantar en frases rítmicas y de conservar para la posteridad el recuerdo de los seres queridos. Bilitis, desgraciadamente, da muy pocos detalles de esta figura hoy tan mal conocida, y es para lamentarse, ya que, refiriéndose a la gran inspiradora, hasta la palabra más pequeña hubiese resultado preciosa. En compensación, nos ha dejado en una treintena de elegías la historia de su amistad con una joven de sus años llamada Mnasidika, que vivió con ella. Conocíamos ya el nombre de esta joven por un verso de Safo en el que se exalta su belleza, pero este nombre era dudoso, y Bergk se inclinaba a pensar que se llamaba simplemente Mnaïs. Las canciones que leeréis más adelante prueban que esa hipótesis debe ser abandonada. Mnasidika parece haber sido una muchachita dulcísima y muy inocente, uno de esos seres encantadores sin otra misión en la vida que la de dejarse adorar, tanto más queridos cuanto menos se esfuerzan por merecer lo que se les da. Los amores sin motivo son los más duraderos; éste duró diez años y veréis cómo se rompió por culpa de Bilitis, cuyos celos excesivos no admitían eclecticismo alguno.

Cuando comprendió que nada, excepto dolorosos recuerdos, la retenían ya en Mitilene, Bilitis hizo un segundo viaje: se dirigió a Chipre, isla griega y fenicia como la propia Panfilia y que a menudo debió recordarle el aspecto de su país natal.

Allí fue donde Bilitis empezó su vida por tercera vez y de una forma que me sería más difícil hacer admitir sin recordar una vez más hasta qué punto el amor era una cosa santa entre los pueblos antiguos. Las cortesanas de Amathonte no eran, como las nuestras, criaturas en desgracia, exiliadas de toda sociedad mundana; eran hijas de las mejores familias de la ciudad. Afrodita les había concedido el ser bellas y en

agradecimiento consagraban esa belleza al servicio de su culto. Todas las ciudades que como Chipre poseían un templo rico en cortesanas, tenían para con las mismas atenciones respetuosas.

La incomparable historia de Friné, tal como nos la transmitió Ateneo, dará una idea de tal veneración. No es verdad que Hipérides necesitase mostrarla desnuda para aplacar al Areópago y sin embargo su delito era grave: había asesinado. El defensor desgarró la parte superior de la túnica descubriendo únicamente los senos y suplicó a los jueces «que no ejecutasen a la sacerdotisa e Inspirada de Afrodita». Al contrario que otras cortesanas, que acostumbraban vestirse con cyclas transparentes que insinuaban todos los detalles de sus cuerpos, Friné solía envolverse hasta los cabellos en uno de esos grandes mantos plisados cuya gracia conservan las tanagras. Excepto sus amigos, nadie había visto sus brazos ni sus hombros y jamás aparecía en la piscina de los baños públicos. Un día, sin embargo, ocurrió algo extraordinario. Era la fiesta de Eleusis; veinte mil personas, llegadas de toda Grecia, estaban reunidas en la playa cuando Friné se aproximó al borde de las olas, dejó caer su manto, soltó su cinturón, se desprendió la túnica y «soltándose el cabello entró en la mar». Y entre la muchedumbre estaban: Praxíteles, que de aquella diosa viva dibujó La Afrodita de Cnido, y Apeles, que entrevió las formas de su Anadyodema. Admirable pueblo al que Belleza podía aparecérsese desnuda sin moverle a la risa ni a falsas vergüenzas.

Querría que esta historia fuera la de Bilitis, pues traduciendo sus canciones me he enamorado de la amante de Mnasidika. Ciertamente, también su vida fue maravillosa. Lamento únicamente que no se hablara más de ella y que los autores clásicos, al menos los que han sobrevivido, sean tan parcos en sus referencias. Filodemo, que la ha plagiado en dos ocasiones, no menciona siquiera su nombre. A falta de bellas anécdotas, os ruego que os contentéis con los detalles que sobre su vida de cortesana nos proporciona ella misma. Fue cortesana, eso es innegable; e incluso sus últimas canciones prueban que si bien la adornaban las virtudes de su vocación, también la poseían sus bajas flaquezas. Pese a todo, yo sólo quiero saber de sus virtudes. Era piadosa y devota. Permaneció fiel al templo mientras Afrodita protegió la belleza de su más cristalina adoratriz. El día que dejó de ser amada, nos dice, cesó de escribir. Resulta, por tanto, difícil admitir que las canciones de Panfilia fueran escritas mientras se vivían. ¿Cómo una pastorcilla iba a aprender a escandir sus versos según los complicados ritmos de la tradición eolia? Parece más verosímil que Bilitis, ya en edad madura, se complazca cantando los recuerdos de su infancia lejana. Nada sabemos de ese último tramo de su vida. Siquiera a qué edad murió.

M. G. Heim halló su tumba a orillas de una calzada en Palaeo-Limisso, cerca de las ruinas de Amathonte. En los últimos treinta años esas ruinas casi han desaparecido y las piedras de la casa donde posiblemente vivió Bilitis pavimentan hoy los muelles de Port-Said. Sin embargo, la tumba, fiel a la tradición fenicia, era subterránea y había escapado incluso a los buscadores de tesoros.

M. G. Heim penetró en ella por un estrecho pozo anegado de tierra, al fondo del cual halló una puerta tapiada que hizo demoler. La cripta, espaciosa y baja, solada con losetas de caliza, tenía cuatro muros cubiertos de plaquetas de anfibólita negra sobre las que estaban grabadas en versales primitivas las canciones que leeréis, aparte de los tres epitafios que decoraban el sarcófago.

Allí, en un gran ataúd de tierra cocida, reposaba la amiga de Mnasidika bajo una tapa en la que un hábil escultor había modelado en arcilla el rostro de la muerta: los cabellos estaban pintados en negro, los ojos semicerrados y prolongados con el lápiz tal como si estuviera viva y las mejillas dulcificadas apenas por una ligera sonrisa que nacía en las líneas de la boca. Nadie podrá nunca hablarnos tanto como esos labios, al tiempo rotundos y desbordados, sensuales y delgados, pegados el uno al otro y como embriagados por unirse.

Cuando se abrió la tumba apareció tal como veinticuatro siglos atrás la colocó una mano piadosa. Pomocillos de perfume pendían de saetines de terracota y uno de ellos, pese al largo tiempo transcurrido, aún exhalaba aroma. El espejo de plata bruñida en que se vio Bilitis y el estilete que había esparcido el polvo azul sobre sus párpados, se encontraron en su lugar. Una pequeña Astarté desnuda, reliquia para siempre preciosa, velaba aún sobre el esqueleto adornado con todas sus alhajas de oro y blanco como una rama nevada, aunque tan leve y frágil que al rozarlo se convirtió en polvo.

PIERRE LOUYS CONSTANTINO, Agosto 1894



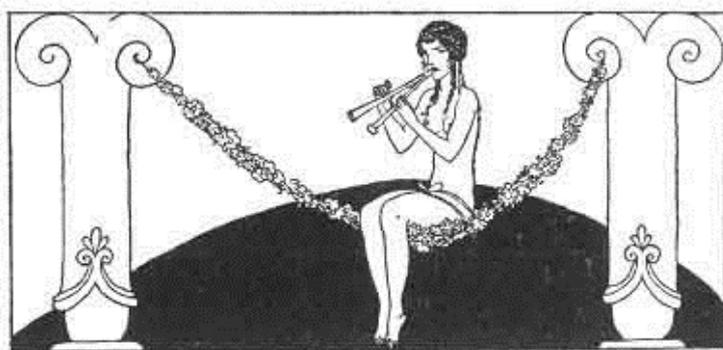
LAS CANCIONES DE BILITIS

I

BUCÓLICAS EN PANFILIA



Ἄδὸ δέ μοι τὸ μέλισμα, καὶ ἦν σύριγγι μελίσδω
κῆν αὐλῶ λαλέω, κῆν δώνακι, κῆν πλαγιαυλίῳ
THEOCRITUS



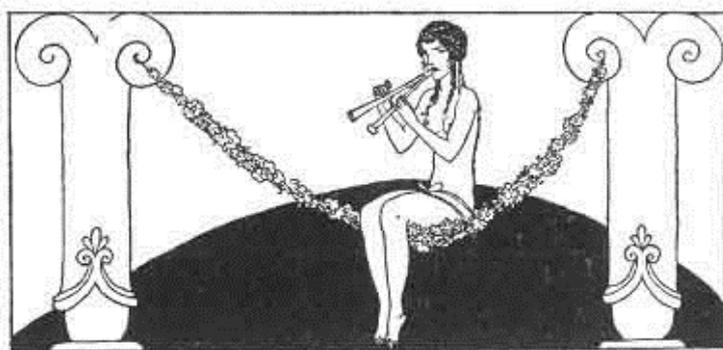
EL ÁRBOL

Me quité las ropas para trepar a un árbol; mis muslos desnudos abrazaban la corteza tersa y húmeda; mis sandalias caminaban sobre las ramas.

En la copa, pero aún bajo las hojas ya cubierto del calor, cabalgué sobre una rama horquillada balanceando mis pies en el vacío.

Había llovido. Caían gotas de agua y escurrían por mi piel. Tenía las manos manchadas de musgo y los dedos de los pies enrojecidos por las flores pisoteadas.

Sentía vibrar al hermoso árbol cuando le atravesaba el viento; entonces apretaba las piernas y posaba mis labios abiertos sobre la peluda nuca de un ramo.



CANTO PASTORAL

Hay que entonar un canto pastoril, invocar a Pan, dios del viento de estío. Bajo la sombra redonda de un olivo tembloroso, recojo mi rebaño y Selenis el suyo.

Selenis se tumba en el prado. Se levanta y corre, o busca cigarras, o corta flores y yerbas, o lava su cara con el agua fresca del arroyo.

Yo trasquilo la lana del rubio lomo de los carneros y relleno mi rueca, e hilo. Las horas caen lentas. Un águila surca el cielo.

La sombra avanza, cambiamos de lugar el castillo de flores y el cántaro de leche. Hay que entonar un canto pastoril, invocar a Pan, dios del viento de estío.



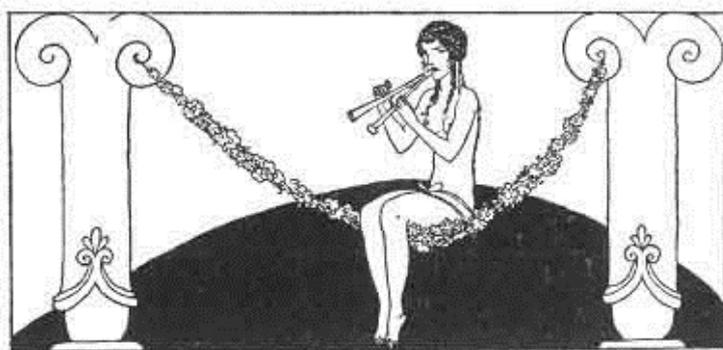
PALABRAS MATERNAS

Mi madre me baña en la oscuridad, me viste a pleno sol y me peina en la luz; pero si salgo al claro de luna, ata mi ceñidor con doble nudo.

Me dice: «Juega con las vírgenes, danza con los niños; no curioses por la ventana; elude la palabra de los muchachos y desconfía del consejo de las viudas».

«Un atardecer, lo mismo que a todas, uno cualquiera, rodeado de sonoros tímpanos y enamoradas flautas, vendrá a buscarte».

«Esa tarde me dejarás al marcharte Bilitis tres calabazas de hiel: una para la mañana, una para el mediodía y la tercera, la más amarga, la tercera para los días feriados».



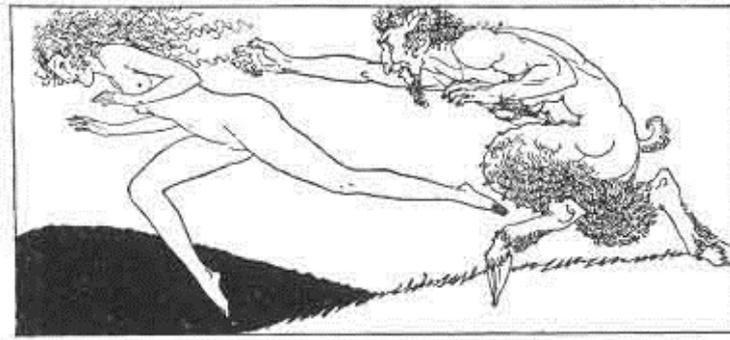
LOS PIES DESCALZOS

Mi pelo es negro, cae a mi espalda y lo recojo en un casquillo redondo.

Si viviera en la ciudad tendría alhajas de oro y camisas doradas y sandalias de plata... Miro mis pies desnudos, calzados de polvo.

¡Psofis! ¡Ven aquí, pobrecilla! Cárgame hasta las fuentes, lava mis pies con tus manos y exprime olivas y violetas para perfumarlos sobre las flores.

Hoy serás mi esclava, me seguirás y me servirás, y al atardecer te daré para tu madre lentejas del huerto de la mía.



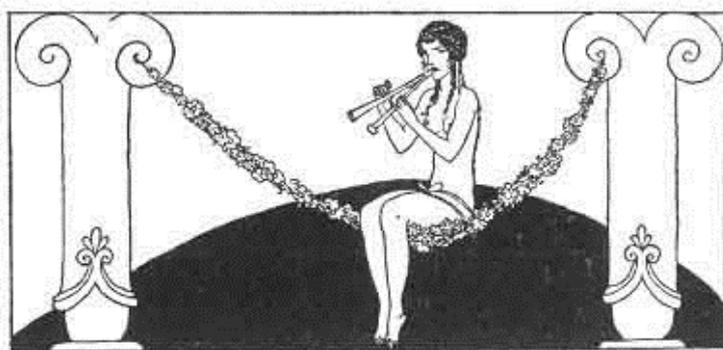
EL ANCIANO Y LAS NINFAS

En la montaña vive un anciano ciego. Sus ojos están muertos desde que hace mucho tiempo miraron a las ninfas. Y desde entonces, su felicidad es ese recuerdo lejano.

«Las vi, sí —me dijo—: Helopsychria, Limmanthis, estaban de pie, a orillas del verde estanque de Fisos. El agua brillaba por cima de sus rodillas».

«Sus nuca se inclinaban bajo los longíneos cabellos. Sus uñas eran delgadas como alas de cigarra. Sus pezones se hinchaban como cálices de jacinto».

«Deslizaban sus dedos en el agua y sacaban del cieno invisible los nenúfares de largo tallo. En rededor de sus muslos separados, el agua se ensanchaba en círculos lentos...».



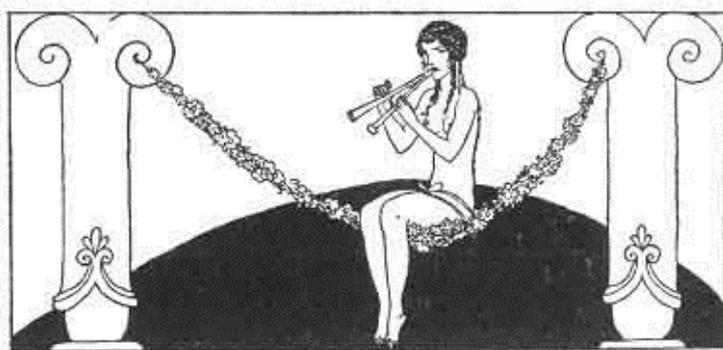
CANCIÓN

«—Tortuga tortuguita, ¿qué haces ahí en medio? —Devano la lana y el hilo de Mileto —¡Ay! ¡Ay! ¿No vienes a bailar? —Estoy muy triste. Muy triste.

—Tortuga tortuguita, ¿qué haces ahí en medio? —Tallo una caña para la flauta fúnebre. —¡Ay! ¡Ay! ¿Qué ha sucedido? —No lo diré. No lo diré.

—Tortuga —tortuguita, ¿qué haces ahí en medio? —Prenso las aceitunas para el óleo de la estela —¡Ay! ¡Ay! ¿Y quién se ha muerto? —¿Y tú lo preguntas? ¿Y tú lo preguntas?

—Tortuga tortuguita, ¿qué haces ahí parada? —ha caído al mar... —¡Ay! ¡Ay! ¿Y cómo fue? —Desde lo alto de los caballos blancos. Desde lo alto de los caballos blancos».



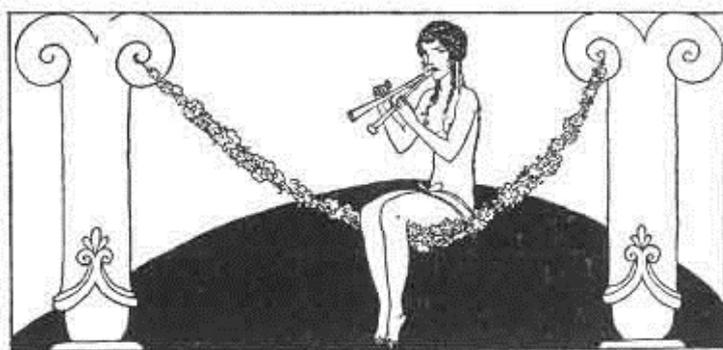
EL PASEANTE

Cuando estaba sentada al atardecer a la puerta de mi casa, acertó a pasar un joven. Me miró, volví la cabeza. Me habló, no le respondí.

Quiso acercárseme. Cogí una hoz apoyada en el muro y le habría hendido la cara si avanza un paso más.

Entonces, reculando un poco, sonrió y soplando hacia mí en el hueco de su mano, me dijo: «Recibe este beso». Y grité, y lloré tanto que acudió mi madre.

Agitada, creyendo que me había picado un escorpión. Yo lloraba: «Me ha besado». Y mi madre, me besó también llevándome en sus brazos.



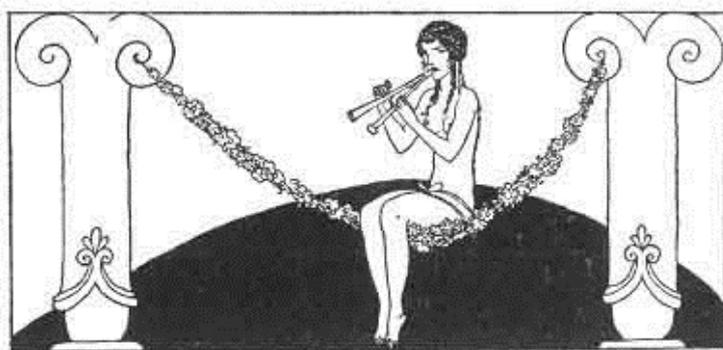
EL DESPERTAR

Ya es de día. Debería estar levantada, pero es dulce el sueño mañanero y el calor del lecho me retiene acurrucada. Me quedaré acostada unos momentos.

Pronto iré al establo. Daré a las cabras hierba y flores y el odre de agua fresca sacada del pozo de la que beberé al tiempo que ellas.

Después las ataré al poste para ordeñar sus tiernas mamas tibias; y si los cabritillos no tienen pelusa, mamaré junto a ellos de las flexibles tetas.

¿No amamantó Amalthea a Zeus? Iré enseguida. Dentro de un ratito. El sol se levantó hoy muy temprano y mi madre aún no ha despertado.



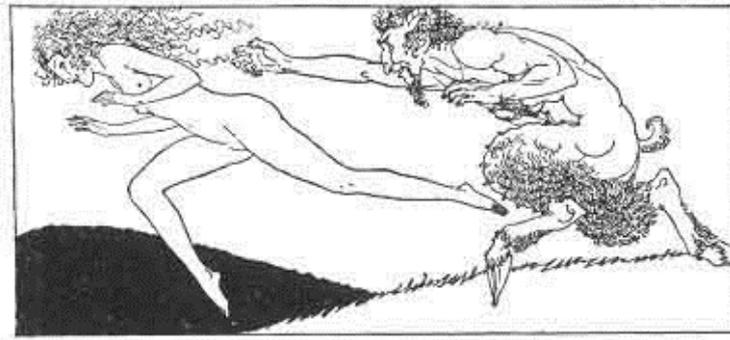
LA LLUVIA

Una fina lluvia ha empapado todo, calmadamente y en silencio. Todavía chispea. Saldré bajo los árboles. Descalza, para no mancharme las sandalias.

En primavera la lluvia es deliciosa. Las ramas cargadas de húmedas flores exhalan un perfume que me atolondra. Brilla al sol la delicada piel de las cortezas.

¡Ay! ¡Qué de flores en el suelo! Tened piedad de las flores caídas. No las barráis mezclándolas con el barro. Conservadlas para las abejas.

Los escarabajos y las babosas cruzan el sendero sorteando los charcos. No quiero pisarles, ni espantar a ese lagarto dorado que se despereza guiñando los ojos.



LAS FLORES

Ninfas del bosque y de las fuentes, amigas bienhechoras, aquí estoy. No os escondáis, venid a ayudarme que no puedo con tantas flores, como he recogido.

Voy a buscar por todo el bosque una pobre hamadriada de erguidos brazos y en sus cabellos color de hoja prenderé mi rosa más crecida.

Mirad: he cortado tantas flores que no podré llevármelas si no me hacéis un ramo. Si os negáis, ¡cuidaros!

Ayer vi a la que entre vosotras tiene el cabello anaranjado encelada como una bestezuela con el sátiro Lamprosates y denunciaré a la impúdica.



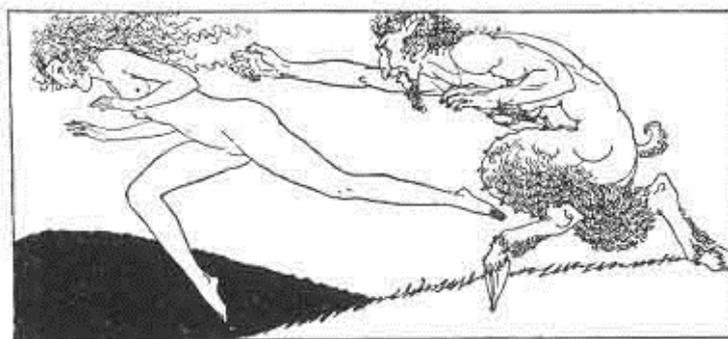
IMPACIENCIA

Me arrojé en sus brazos llorando y durante un largo rato mis cálidas lágrimas corrieron por su hombro sin que mi dolor me permitiese hablar:

¡Ay de mí! Aún soy una niña; los muchachos no me miran. ¿Cuándo tendré como tú jóvenes pechos que me llenen la ropa y tienten al beso?

«Ninguno curioso se entrea cuando se entrea mi túnica; ninguno recoge la flor caída de mis cabellos; ninguno me dice que me matará si le ofrezco mi boca a otro».

Ella me ha respondido tiernamente: «Bilitis, virgencita, maúllas como una gata a la luna y te agitas sin razón. Las niñas no por impacientes son elegidas más temprano».



LAS COMPARACIONES

¡Aguzanieves, pájaro de Cypris, canta con nuestros primeros deseos! El cuerpo renacido de las muchachas se cubre como la tierra de flores. Se allega la noche de todos nuestros sueños y hablamos de ella entre nosotras.

A veces comparamos nuestras bellezas tan diferentes, nuestras crecidas cabelleras, nuestros jóvenes senos aún diminutos, nuestros pubis redondos como codornices apelotonadas bajo el plumón.

Ayer competí contra Melanto, mi hermana mayor. Estaba orgullosa de su pecho alzado en un mes y señalando mi túnica plana me llamó: «Mi niña».

Ningún hombre podía vernos, así que nos desnudamos ambas ante las otras chicas, y aunque ella me vencía por un poco, yo era superior a todas las demás. ¡Aguzanieves, pájaro de Cypris, canta con nuestros primeros deseos!



EL RÍO DEL BOSQUE

Me he bañado sola en el río del bosque Y seguramente asusté a las náyades porque apenas podía adivinarlas, muy lejos, bajo las aguas oscuras.

Las llamé. Para parecerme a ellas trencé tras de mi nuca lirios negros como mis cabellos con racimos de amarillos alhelíes.

Con una larga hierba acuática me hice un cinturón verde, y para vérmelo agachando la cabeza aplastaba mis senos.

Volví a llamarlas: «¡Náyades! ¡Náyades! ¡Sed buenas, jugad conmigo!». Pero las náyades son transparentes y pudiera ser que sin saberlo hubiera acariciado sus leves brazos.



FITA MELIAI

Cuando el sol no abraze iremos a jugar a orillas del río y nos pelearemos por un endeble azafrán o por un jacinto mojado.

Trenzaremos el collar del corro y la guirnalda de la carrera. Nos cogeremos de la mano y del reborde de las túnicas.

¡Fita Meliai! Dadnos miel. ¡Fita Náyades! Bañadnos con vosotras. ¡Fita Melíades! Ofreced suave sombra a nuestros cuerpos sudorosos.

Y os sacrificaremos, ninfas bienhechoras, no el vino vergonzoso, sino aceite y leche y cabras de curvos cuernos.



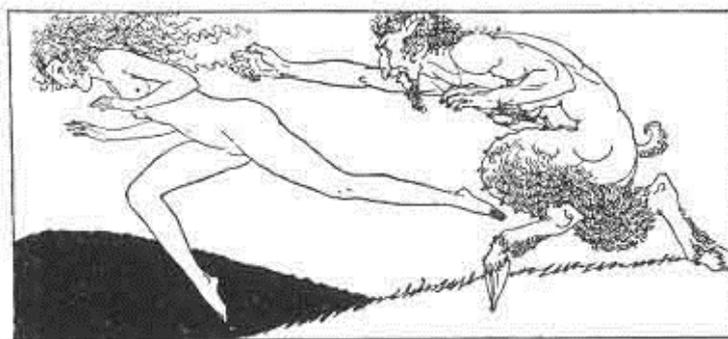
LA SORTIJA SIMBÓLICA

Los viajeros que regresan de Sardes hablan de los collares y las pedrerías con que de la punta de sus cabellos a la punta de sus pies pintados se recargan las mujeres de Lidia.

Mis paisanas no tienen brazaletes ni diademas, pero llevan en el dedo una sortija de plata con el triángulo de la diosa grabado en el engarce.

Cuando ponen la punta hacia fuera significa: Psiqué está libre. Cuando ponen la punta hacia sí, eso significa: Psiqué está prisionera.

Los hombres se lo creen, las mujeres, no. Por mi parte no reparo jamás hacia dónde se inclina la punta, pues aunque Psiqué se entrega fácilmente, permanece siempre libre y dispuesta a ser apresada.



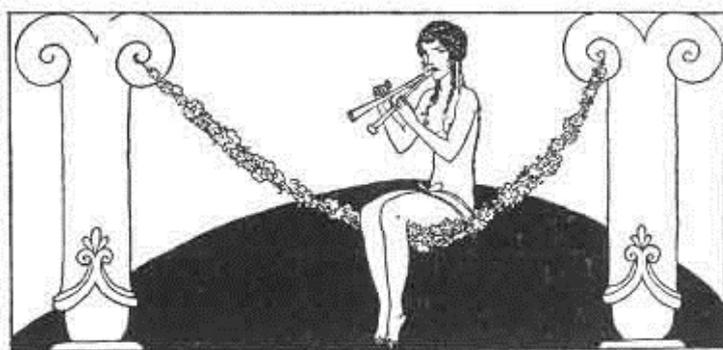
DANZAS EN EL CLARO DE LUNA

De noche, sobre la hierba blanda, las muchachas coronadas de violetas, han danzado juntas, y de cada dos, una respondía como el amante.

Las doncellas decían: «No somos para vosotros». Y, como avergonzadas, cubrían su virginidad. Un faunillo tañía la flauta bajo los árboles.

Sus parejas las respondían: «Ya vendréis a buscarnos». Habían ceñido sus mantos como túnicas masculinas y mientras danzaban parecían luchar desfallecidamente enzarzando sus piernas con las de las otras.

Después, dándose por vencidas, ha tomado cada cual a su amiga por las orejas, como quien coge una copa por las asas, e inclinando la cabeza han apurado el beso.



LOS NIÑOS

El río va casi seco; mueren en el fango los juncos marchitos; el aire abrasa, y alejado de las ahora escarpadas orillas, corre un claro arroyuelo sobre las guijas del cauce.

Del alba al atardecer aquí vienen a jugar los niños desnudos. Chapotean —¡tanto ha bajado el río!— en un agua que no les alcanza las rodillas.

Nadan, sin embargo, en la corriente y se deslizan una que otra vez por las rocas; y los muchachitos salpican a las niñas que ríen.

Y cuando pasa una caravana de mercaderes y abrevan en el río sus enormes bueyes blancos, cruzan sus manitas a la espalda y observan a las grandes bestias.



LOS CUENTOS

Los niños me prefieren; en cuanto me ven corren a mi encuentro y se cuelgan de mi túnica y rodean mis piernas con sus bracitos.

Si han cortado flores, me las dan todas; si han atrapado a un escarabajo, lo ponen en mi mano; si nada tienen, me acarician y me hacen sentarme ante ellos.

Me besan entonces las mejillas, reclinan sus cabecitas en mis pechos y me miran con ojos de súplica. Sé muy bien lo que quieren decirme.

Sencillamente: «Bilitis, querida, hemos sido muy buenos, cuéntanos otra vez la historia del héroe Perseo o la muerte de la pequeña Helè».



LA RECIÉN CASADA

Nuestras madres quedaron encinta al mismo tiempo, y Melissa, mi amiga más querida, se ha casado esta tarde. Aún alfombran las rosas el camino del cortejo; todavía no se han consumido las antorchas.

Regreso con mi madre por el mismo camino, y sueño; Yo podría estar ahora en su lugar. ¿Soy ya tan mujer?

El cortejo, las flautas, el canto nupcial y el carro florido del esposo, todos esos festejos se celebrarán para mí cualquier otra tarde entre las ramas de olivo.

Y yo, como ahora Melissa, me alzaré el velo ante un hombre, sabré del amor en la noche y más tarde unos niños se amamantarán de mis pechos crecidos...



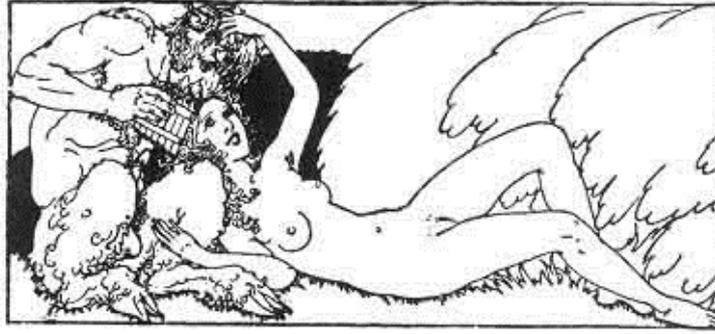
LAS CONFIDENCIAS

Fui a visitarla al día siguiente, y nos ruborizamos ambas así que nos vimos. Me introdujo en su cámara para que estuviésemos a solas.

Tenía muchas cosas que decirle, pero viéndola se me olvidaban. No me atrevía siquiera a abrazarla, miraba fijamente su ceñidor de esposa, coronando el talle.

Me asombraba que nada alterase su rostro, que fuese todavía mi amiga y que no obstante supiera, cumplida su noche, tantas cosas que a mí me amedrentaban.

De pronto me senté en sus rodillas, la estreché en mis brazos y cuchicheé en su oído vehementemente, con avaricia. Aplastó entonces su mejilla contra la mía y me lo confesó todo.



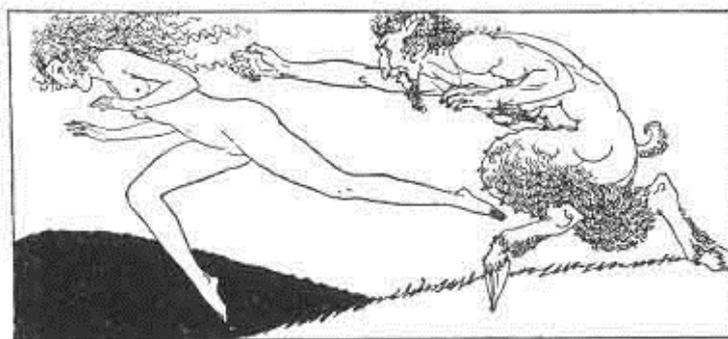
LA LUNA DE LOS OJOS AZULES

De noche las cabelleras de las mujeres se confunden con las ramas del sauce. Paseaba a orillas del agua. Súbitamente oí que alguien cantaba: sólo entonces distinguí próximas a unas muchachas.

Les pregunté: «¿Qué cantáis?». Me respondieron: «Cantamos a los que regresan». Una esperaba a su padre y una segunda a su hermano y otra más, la más impaciente, aguardaba a su novio.

Habían trenzado para ellos coronas y guirnaldas, habían cogido palmas de las palmeras y sacado lotos del agua. Se abrazaban por el cuello y cantaban por turno.

Me alejé siguiendo el riachuelo, triste y sola. Pero al mirar en derredor vi que me guiaba, más elevada que los altos árboles, la luna de los ojos azules.



CANCIÓN

Claro del bosque donde nos citamos. —¿A dónde ha ido mi amada? —Ha bajado a la llanura. —Llanura, ¿dónde está mi amada? —Ha orillado las riberas del río.

—Hermoso río que la viste pasar, dime, ¿está cerca de aquí? —me dejó para seguir el sendero. —Sendero, ¿la ves todavía? —Me abandonó para seguir la calzada.

—Calzada blanca, calzada de la ciudad, respóndeme, ¿a dónde la condujiste? —A la calle de oro que atraviesa Sardes. —Calle de luz ¿acaricias sus pies descalzos? — Ya ha entrado en el palacio del rey.

—Palacio, magnificencia del mundo, ¡devuélvemela! —Mírala, lleva collares sobre los senos y adorna de flecos su melena, cien perlas le puntean las piernas, dos brazos le ciñen el talle.



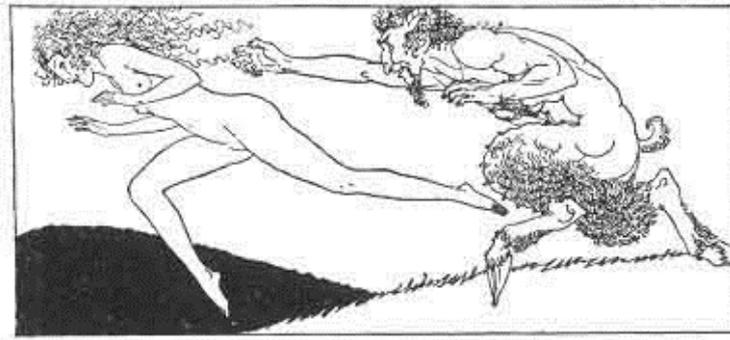
LYKAS

Venid, iremos por los campos, bajo las breñas de enebro; comeremos la miel de las colmenas, haremos lazos para saltamontes con tallos de asfódelo.

Venid, iremos a visitar a Lykas que guarda los rebaños de su padre en las laderas del Tauro umbroso. Seguramente nos dará leche.

Oigo ya el son de su flauta. Es un tañedor delicado. Aquí están los perros y los corderos, y él mismo, en pie, apoyado en un árbol. ¡No es tan bello al menos como Adonis!

¡Lykas! Danos leche. Traemos higos de nuestras higueras. Nos quedaremos contigo. Cabras barbudas, no saltéis más, no sea que excitéis a los inquietos machos.



OFRENDA A LA DIOSA

No es para la Artemisa que adoran en Perga esta guirnalda trenzada por mis manos, y eso que Artemisa es una diosa servicial que me defenderá de los partos difíciles.

No es tampoco para la Atenea que adoran en Sidón, aunque sea de marfil y oro y lleve en la mano una granada que tienta a los pájaros.

Es para Afrodita, a quien adora mi corazón, pues sólo ella, cuando cuelgue del árbol sagrado mi guirnalda de tiernas rosas, me dará lo que ansían mis labios.

Pero no revelaré mi súplica. Me pondré en puntillas y en una hendidura de la corteza le confesaré mi secreto.



LA AMIGA COMPLACIENTE

La tormenta ha durado toda la noche. Selenis, la de los bellos cabellos, había venido a hilar conmigo. Por miedo al barro, se ha quedado en casa y nos hemos acurrucado abrazadas en mi estrecha cama.

Cuando dos muchachas duermen juntas, huye el sueño. «Dime, dime, Bilitis, ¿a quién amas?». Y mientras montaba su pierna en la mía para acariciarme quedamente.

Luego, pegada a mi boca, me dijo: «Yo sé a quién amas. Cierra los ojos, Bilitis. Soy Lykas». Pero palpándola la contesté: «No veo acaso que eres una muchacha, ¿O es que quieres burlarte de mí?».

Pero ella insistió: «Si cierras los ojos, soy, en verdad, Lykas. Siente sus brazos, siente sus manos...» y tiernamente, en el silencio, hechizó mi ensueño con una ilusión singular.



PLEGARIA A PERSÉFONA

Purificadas por las abluciones rituales, y vestidas con túnicas violetas, hemos inclinado al suelo nuestras manos cargadas de ramas de olivo.

«Sea cual sea el nombre que te agrada y si éste fuera de tu gusto, ¡escúchanos, subterránea Perséfone, Cabellera de tinieblas, señora estéril y sin sonrisa!».

«Kokhlis, hija de Trasymakos, está gravemente enferma. No la reclames todavía. Bien sabes que no puede esquivar tu mano: cualquier día, después, la atraparás».

«¡No nos la arrebates tan temprano, oh invisible dominadora! Pues llora por su virginidad y te implora mediante nuestras oraciones. Si la rescatas te inmolaremos tres ovejas negras sin esquilar».



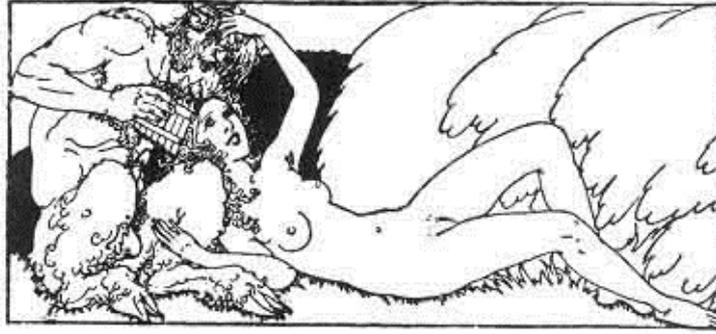
LA PARTIDA DE TABAS

Como le queríamos las dos nos lo jugamos a las tabas. Y fue esta una partida memorable a la que asistieron numerosas jóvenes.

Ella sacó primero la jugada de los Cíclopes, y yo, la de Solón. ¡A ella le salió luego el Kallíbolos y yo, sabiéndome perdida, imploré a la diosa!

Tiré, saqué el Epifenón, ella la jugada terrible de Khíos, yo el Antiteukhos, ella las Trikhias, y yo, finalmente, el tanto de Afrodita que ganaba el amante apostado.

Sin embargo, viéndola palidecer, la enlacé por el cuello y para que sólo ella me oyese, susurré en su oído: «No llores, amiga mía, le dejaremos escoger entre nosotras».



LA RUECA

Mi madre me ha castigado encerrándome para todo el día en el gineceo, junto a mis hermanas, a las que no quiero y que cuchichean entre sí, mientras yo, en un rinconcito, hilo mi rueca.

Ya que estoy sola contigo, te hablaré rueca. Con tu peluca de lana blanca pareces una anciana. Escúchame.

Si pudiese no estaría aquí sentada al abrigo del muro hilando tediosamente. Estaría en las laderas del Tauro, acostada en las violetas.

Porque él es más pobre que yo, mi madre no quiere que me despose. Pero te lo advierto: o no veré jamás el día de mis bodas o será en sus brazos como atravesaré el umbral.





LA FLAUTA

En el día de las Jacintias me ha regalado una siringa de cálamos bien cortados, unidos con cera blanca tan dulce a mis labios como la miel.

Me enseña, sentada en sus rodillas, a tañer, y tiemblo quedamente. Toca él después de mí, tan suavemente que apenas le oigo.

Estamos tan próximos que nada tenemos que decirnos; nuestras canciones quieren, sin embargo, responderme y ora por mí, ora por él, nuestras bocas se unen sobre la flauta.

Se hace tarde, ya se escucha el canto con que inician las verdes ranas la noche. Mi madre jamás creerá que haya estado tanto tiempo buscando mi cinturón perdido.



LA CABELLERA

Me dijo: «Soñé anoche que tenía tu melena en torno a mi cuello. Tus cabellos eran un collar negro que rodeaba mi nuca y caía sobre mi pecho».

«Al acariciarlos los confundía con los míos; estábamos ligados para siempre por la misma cabellera, boca a boca, como dos laureles nacidos de una sola raíz».

«Y poco a poco, estaban nuestros miembros tan mezclados, que yo parecía convertirme en ti o que tú te difundías en mí como mi sueño».

Cuando calló, posó suavemente sus manos en mis hombros y me miró con mirada tan tierna que yo bajé mis ojos con un escalofrío.



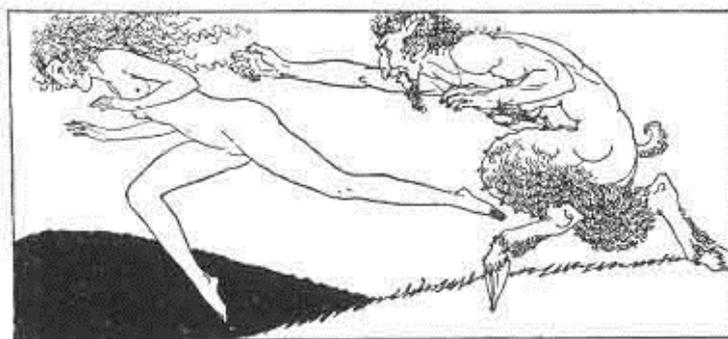
LA COPA

Lykas viéndome llegar vistiendo sólo una exigua exomis —pues estos días agobia el calor— quiso moldear el seno que queda descubierto.

Cogió arcilla fina, amasada en el agua fresca de la corriente y cuando la extendió por mi piel creí desfallecer de tan fría que estaba.

Con el molde de mi pecho hizo una copa redonda y umbilicada. La puso a secar al sol y la pintó luego de púrpura y ocre, aplastando flores en su rededor.

Fuimos después a la fuente consagrada a las Ninfas y arrojamos la copa, llena de tallos de alhelí, a la corriente.



ROSAS EN LA NOCHE

Cuando la noche corona el cielo, el mundo es sólo nuestro y de los dioses. Vamos de los campos a los manantiales, de los bosques oscuros a los claros, allá donde nos lleven nuestros pies descalzos.

Las estrellitas brillan lo suficiente para las pequeñas sombras que somos. A veces, guarecidas en las ramas bajas, sorprendemos corzas dormidas.

Pero lo más delicioso de la noche, es un lugar que sólo nosotros conocemos y que nos incita a atravesar el bosque: un plantel de rosas misteriosas.

Nada hay más divino sobre la tierra que el perfume nocturno de las rosas. ¿Cómo es posible que cuando andaba sola no me sintiese así de embriagada?



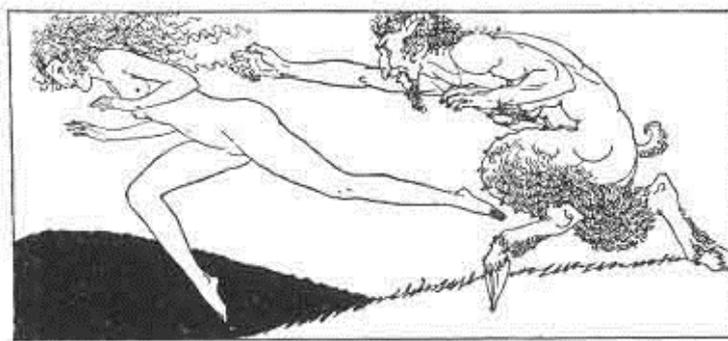
LOS REMORDIMIENTOS

La primera vez no he respondido, aunque el rubor teñía mis mejillas y los latidos del corazón me lastimaban el pecho.

Después me he resistido diciendo: «No, no». He echado la cabeza hacia atrás y ni el beso ha franqueado mis labios, ni el amor mis rodillas apretadas.

Entonces me ha suplicado perdón, me ha besado los cabellos, abrasándome con su aliento, y se ha marchado... Me he quedado sola.

Miro su asiento vacío, el bosque desierto, la tierra pisoteada. Y me muerdo los puños hasta sangrarme y sofoco mis gemidos en la hierba.



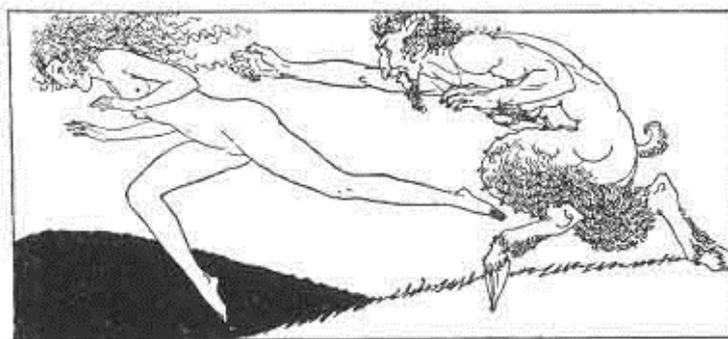
EL SUEÑO INTERRUMPIDO

Me acosté sola, como una perdiz entre los brezos... La brisa, el rumor de las aguas y la templanza de la noche, allí me retuvieron.

Me dormí imprudentemente y me desperté gritando. Y luché, y lloré; pero demasiado tarde. ¿Qué pueden las manos de una niña?

El no me abandonó. Al contrario, me ciñó tiernamente contra sí y ya no vi ni el mundo, ni el suelo, ni los árboles, tan sólo el fulgor de sus ojos...

¡A ti, Cypris victoriosa, consagro estas ofrendas aún empapadas de rocío, vestigios de los dolores de una virgen y testigos de mi sueño y de mi resistencia!



A LAS LAVANDERAS

¡Lavanderas, no digáis que me habéis visto! Me pongo en vuestras manos; ¡no lo proclaméis! Entre mi túnica y mis senos os traigo una cosa.

Me siento como una gallinita aterrada... No sé si me atreveré a decíroslo... Mi corazón late como si agonizara... Lo que os traigo es un velo.

Un velo y las cintas de mis piernas. Fijaos, están manchadas de sangre. ¡Por Apolo que fue contra mi voluntad! Me defendí bravamente; pero siempre el amante es más fuerte que nosotras.

Lavadlos bien; no escatiméis ni la sal ni la creta. Pondré en vuestro nombre cuatro óbolos a los pies de Afrodita; e incluso una dracma de plata.



CANCIÓN

Cuando volvió, escondí mi cara entre las manos. Me dijo: «Nada temas. ¿Acaso vio alguien nuestro abrazo? ¿Quién nos vio? La noche y la luna».

«Y las estrellas y la alborada. La luna se miró en el lago y se lo contó al agua al pie de los sauces. El agua se lo contó al remo».

«Y el remo se lo dijo a la barca, y la barca al pescador. Y si eso fuera todo, pero ¡ay de mí! el pescador se lo ha dicho a una mujer».

«Se lo dijo a una mujer y ahora mi padre y mi madre y mis hermanas y la Hélade entera lo sabrán».



BILITIS

Una mujer se envuelve en lana blanca. Aquélla se viste de seda y oro. Otra más se cubre de verdes hojas y de parras.

Yo sólo sabría vivir desnuda. Tórame, amante mío, tal cual soy: sin ropas, ni alhajas, ni sandalias. Sólo Bilitis pura.

El negro de mis cabellos y el rojo de mis labios son naturales. Mis rizos ondulan en mi rededor, libres y redondos como plumas.

Tómame tal como me engendró mi madre en una lejana noche de amor y si te agrado así, no olvides decírmelo.



LA CHOZA

La choza donde tiene su cama es la más hermosa del mundo. Está construida con ramas de árbol, cuatro muros de adobe y una cabellera de paja.

Me gusta porque allí dormimos desde que por las noches refresca; y cuanto más frescas son, también más largas. Por fin al alba me fatigo.

El colchón descansa en el suelo; dos mantas de lana negra abrigan nuestros cuerpos que entre sí se caldean. Su pecho aplasta mis senos. Mi corazón bate...

Me estrecha tan ceñidamente que quebrará a la pobre chiquilla que soy, pero desde que penetra en mí no reparo en el mundo y podrían desgarrarme los miembros sin que olvidase mi júbilo.



LA CARTA EXTRAVIADA

¡Desgraciada de mí! He perdido su carta. La puse entre mi piel y el strophion, al abrigo de mí pecho. Debió caérseme cuando corría.

Volveré sobre mis pasos: si alguien la encuentra se lo dirá a mi madre y me zurrarán ante mis hermanas burlonas.

Si la encontró un hombre, me la devolverá; y aunque pretenda hablarme en secreto, conozco el modo de arrebatársela.

Pero si la leyó una mujer, ¡protégeme, Zeus Guardián! porque se lo contará a todo el mundo, o me robará el amante.



CANCIÓN

«La noche es tan honda que penetra en mis ojos. —No verás el camino. Te perderás en el bosque».

El estruendo de las cascadas anega mis oídos. No oirías la voz de tu amante aunque sólo estuviese distanciado de ti veinte pasos.

El aroma de las flores es tan intenso que desfallezco y caigo. No le sentirías si se cruzase en tu camino.

¡Ah! Está muy lejos de aquí, al otro lado del monte y, sin embargo, le veo y le escucho y le siento tan próximo como si me acariciara.



EL JURAMENTO

«Cuando el agua del río remonte hacia las cumbres nevadas; cuando se siembren trigo y cebada en las movedizas arrugas del mar».

«Cuando crezcan los pinos en los lagos y germinen en la roca los nenúfares, cuando el sol se torne negro y la luna se desplome contra la hierba».

«Entonces y sólo entonces tomaré otra mujer y te olvidaré Bilitis, soplo de mi vida, centro de mi corazón».

¡Me lo dijo, me lo dijo! ¡Qué me importa el resto del mundo! ¡Dónde estás felicidad insensata que pretendes compararte a mi fortuna!



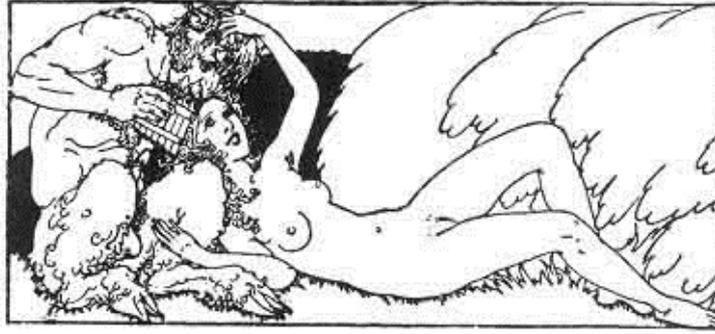
LA NOCHE

Ahora soy yo quien le busca. Cada noche salgo en silencio de casa y recorro un largo camino hasta los prados para verle dormir.

A veces callo largo tiempo, dichosa con sólo verle y acerco mis labios a los suyos para besarle el aliento.

Luego, me tiendo inesperadamente sobre él. Se despierta entre mis brazos y como peleo no logra levantarse. Renuncia al fin, ríe y me abraza estrechamente. Jugamos así bajo la noche.

Raya el alba... ¿ya estás aquí luz infame? ¡En qué antro perpetuamente nocturno, sobre qué pradera subterránea podríamos amarnos tanto tiempo que olvidásemos tu recuerdo...!



NANA

Duérmete: he pedido tus juguetes a Sardes y tus vestidos a Babilonia. Duerme: eres hija de Bilitis y de un rey del sol naciente.

Los palacios que se han edificado para ti y que yo te regalo son los bosques. Sus columnas son los troncos de los pinos; las ramas altas, sus bóvedas.

Duérmete. Para que no te despierte vendería el sol a la mar. El aire que levantan las alas de la paloma no es tan ligero como tu aliento.

Hija mía, carne de mi carne, cuando abras los ojos me dirás qué quieres, la llanura o la ciudad, la montaña o la luna, o el blanco cortejo de los dioses.



LA TUMBA DE LAS NÁYADES

Me interné en el bosque cubierto de escarcha; los cabellos que se me venían a la boca florecían de carámbanos y me pesaban las sandalias cargadas de nieve fangosa.

¿Qué buscas? —me dijo—. Sigo el rastro del sátiro. Sus pasitos hendidos se alternaban como agujeros en un manto blanco. «Los sátiros han muerto».

«Los sátiros y también las ninfas. En treinta años no hubo un invierno tan terrible como éste. Las huellas que ves son las de un macho cabrío. Pero, quedémonos aquí, donde está su tumba».

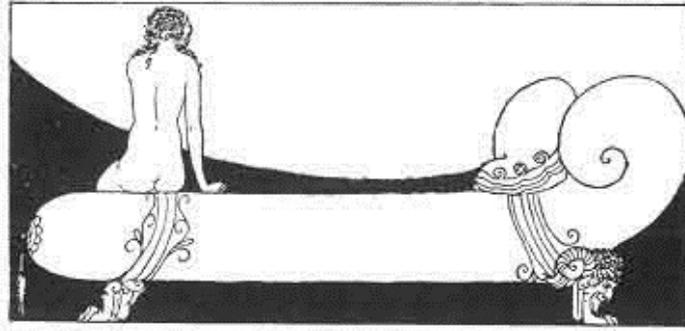
Y con el hierro de su azada rompió el hielo de la fuente en la que antaño reían las náyades. Cogía grandes bloques y levantándolos contra el pálido cielo miraba a su través.

II

ELEGÍAS EN MITILENE



Εὐμορφότερα Μνασιδίκα τᾶς ἀπαλᾶς Γυριννῶς.
SAPPHO



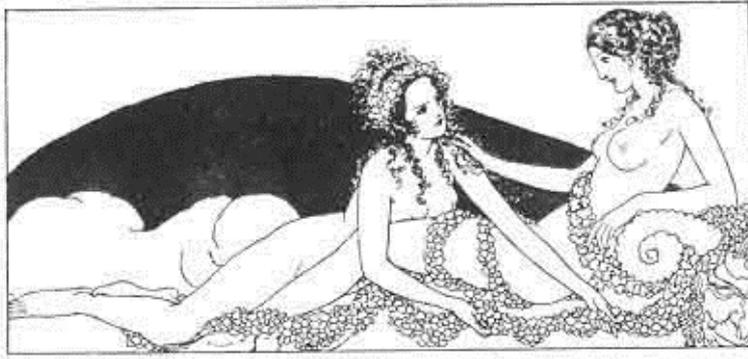
AL BAJEL

Hermoso navío que bordeando las costas de Jonia me has conducido aquí, te abandono a las olas brillantes y con pie ligero salto sobre la playa.

Regresas al país en el que la virgen es la amiga de las ninfas. No olvides mi agradecimiento a las consejeras invisibles y llévalas como ofrenda este ramo recogido por mis manos.

Fuiste pino y, en las montañas, el vasto Noto inflamado agitaba tus espinosas ramas, tus ardillas y tus pájaros.

Que el Boreas te guíe ahora y te empuje suavemente hacia puerto, negra nave escoltada por delfines, al capricho de la mar benévola.



PSAPPHA

Me froto los ojos... Ya amaneció, creo. ¡Ah! ¿Quién está junto a mí...? ¿una mujer...? Por la Paphia, lo había olvidado... ¡Oh, caritas! que avergonzada estoy.

¿A qué país he venido y qué isla es ésta donde así se entiende el amor? Si no estuviese tan fatigada creería que fue un sueño... ¡Es posible que ésta sea Psappha!

Duerme... Es bella ciertamente, aunque sus cabellos estén cortados como los de un atleta. Pero este extraño rostro, este pecho viril y esas caderas estrechas...

Quiero irme antes que despierte. ¡Ay! Estoy del lado del muro y tendré que saltar sobre ella. Tengo miedo de rozar su cadera y que al pasar vuelva a tomarme.



LA DANZA DE GLOTTIS Y DE KYSE

Dos muchachitas me llevaron a su casa y cuando cerraron la puerta, encendieron la mecha de la lámpara y quisieron danzar para mí.

Sus mejillas sin maquillar estaban tan morenas como sus pequeños vientres. Se zarandeaban agarrándose por los brazos y hablaban al mismo tiempo en una agónica alegría.

Sentadas en una colchoneta que sujetaban dos elevados caballetes, Glottis cantaba con voz aguda y marcaba el compás palmeando sus manitas sonoras.

Kysé bailaba a sacudidas, luego se detenía sofocada de risa y agarrando a su hermana por los senos la mordía en el hombro y la derribaba, como una cabra que quiere jugar.



LOS CONSEJOS

Entonces entró Syllikamas y viéndonos tan en familia, tomó asiento en el banco. Puso a Glottis sobre una de sus rodillas, a Kysé sobre la otra y me dijo:

«Ven acá, pequeña». Pero yo permanecía alejada. Repitió: «¿Nos tienes miedo? Aproxímate: estas niñas te quieren. Ellas te enseñarán lo que ignoras: la miel de las caricias de la mujer».

«El hombre es violento y perezoso». Sin duda le conoces. Aborrécele. Tiene el pecho plano, la piel espesa, los cabellos rapados, los brazos velludos, las mujeres, sin embargo, son todas bellas.

«Sólo las mujeres saben amar; quédate con nosotras, Bilitis, quédate. Y si tienes un alma ardiente, verás como en un espejo tu belleza en el cuerpo de tus enamoradas».



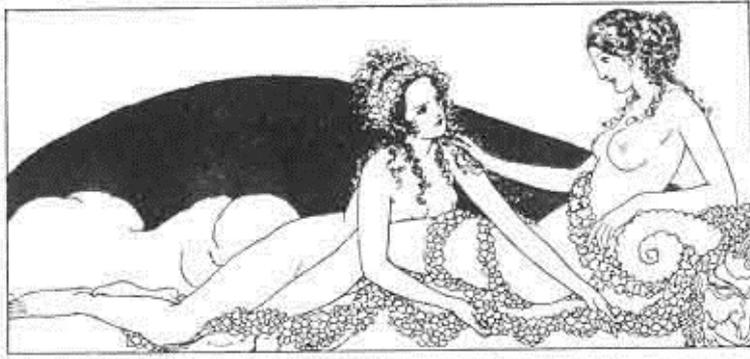
LA INCERTIDUMBRE

Entre Glottis y Kysé no sé a cuál desposaría. Como no se parecen, una no me consolaría de la otra y temo elegir mal.

Cada una de ellas tiene una de mis manos, uno de mis pechos también. Pero ¿a cuál daría mi boca? ¿a cuál mi corazón y todo eso que no puede dividirse?

Es escandaloso que vivamos las tres en la misma casa. En Mitilene ya se habla de ello. Ayer, ante el templo de Ares, una mujer con quien me crucé me negó el saludo.

Prefiero a Glottis, pero no puedo repudiar a Kysé. ¿Qué sería de ella completamente sola? ¿Las dejaré juntas como estaban y buscaré yo otra amiga?



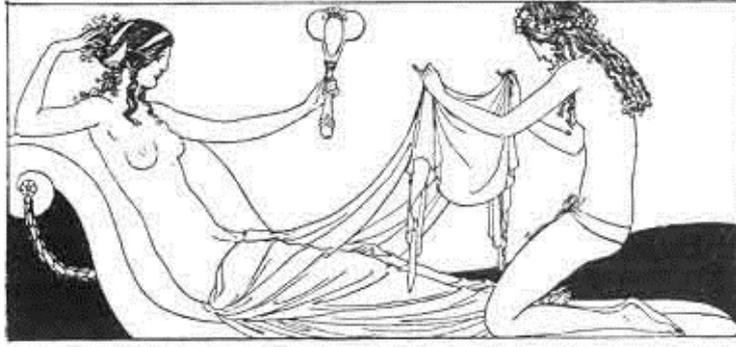
EL ENCUENTRO

La encontré como un tesoro, en un campo, bajo una breña de mirtos, envuelta de la garganta a los pies en un peplo amarillo bordado en azul.

«No tengo amiga, me dijo; la ciudad más próxima está a cuarenta estadios de aquí. Vivo sola con mi madre viuda que está siempre triste. Si quieres, te seguiré».

«Te acompañaré hasta tu casa, aunque esté al otro lado de la isla, y viviré contigo hasta que me repudies. Tu mano es tierna, tus ojos azules».

«Veámonos. No llevo conmigo más que la pequeña Astarté desnuda que pende en mi collar. La pondremos junto a la tuya y las ofrendaremos rosas como recompensa por cada noche».



LA PEQUEÑA ASTARTÉ DE TERRACOTA

La pequeña Astarté guardiana que protege a Mnasidika fue modelada en Camiros por un alfarero muy hábil. Del tamaño de un pulgar y de fina arcilla amarilla.

Sus cabellos caen y se recogen sobre sus hombros estrechos. Sus ojos son profundamente rasgados y su boca es diminuta. Porque ella es la Muy-Bella.

Con la mano derecha señala su delta, cribado de agujeritos en el bajo vientre y a lo largo de las ingles. Porque ella es la Muy-Amorosa.

Con el brazo izquierdo sostiene sus pechos pesados y redondos. Entre sus anchas caderas se hincha un vientre fecundado, porque ella es la Madre-de-todas-las-cosas.



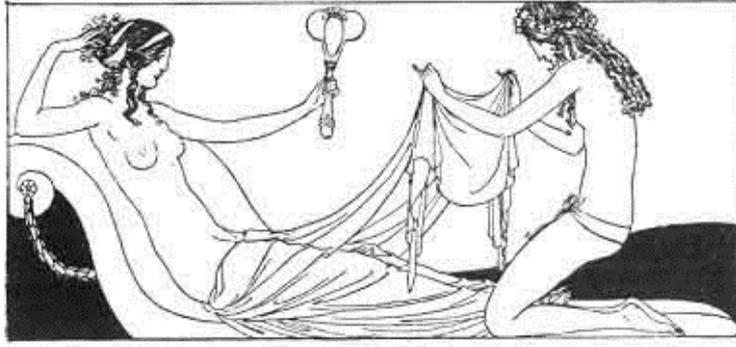
EL DESEO

Entró, y apasionadamente, entornados los ojos, unió sus labios con los míos y se conocieron nuestras lenguas... Nunca hubo en mi vida un beso como aquél.

Estaba en pie, pegada a mí, enamorada y complaciente. Una de mis rodillas subía poco a poco entre sus cálidos muslos que cedían como para un amante.

Mi mano rampante exploraba sobre su túnica para adivinar el cuerpo que ocultaba, que ya se plegaba ondulante, ya combado se tensaba con estremecimientos de la piel.

Con sus ojos afiebrados señaló el lecho; pero antes de las bodas no teníamos derecho a amarnos y nos separamos bruscamente.



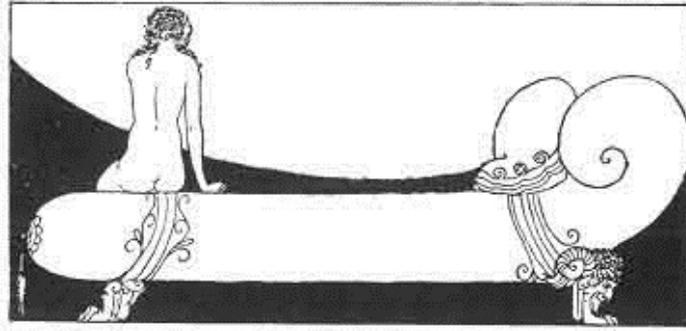
LAS BODAS

Por la mañana celebramos el banquete de bodas en casa de Acalanthis, a quien ella había elegido para madrina. Mnasidika llevaba el velo blanco y yo la túnica viril.

Después, rodeada por veinte mujeres, se puso su vestido de fiesta. Perfumada con bakkaris, empolvada de oro, su piel transida y nerviosa atraía manos furtivas.

Me aguardó en su cámara adornada de ramajes como a un esposo. Y yo la conduje al carro flanqueándola junto a la sinagoga. Uno de sus pechitos ardía en mi mano.

Se cantó el canto nupcial; cantaron también las flautas. Y tomándola bajo los hombros y las rodillas atravesamos juntas el umbral alfombrado de rosas.



EL PASADO QUE PERVIVE

Dejaré el lecho como ella lo ha dejado, deshecho y quebrantado, revueltas las sábanas, a fin de que la forma de su cuerpo quede impresa junto a la del mío.

Hasta mañana no iré al baño, ni vestiré vestidos, ni peinaré mis cabellos, porque temo borrar sus caricias.

Ni en la mañana, ni en la tarde, comeré y no pondré en mis labios ni carmín ni afeites a fin de que su beso perdure.

Dejaré los postigos cerrados y no abriré la puerta porque temo que el viento arrastre los recuerdos que quedan.



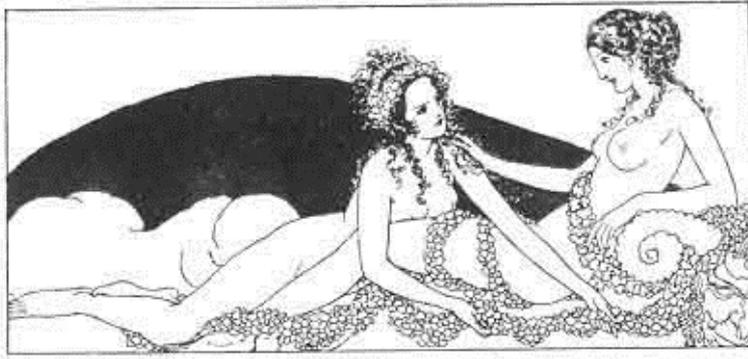
LA METAMORFOSIS

Antaño estuve enamorada de la belleza de los jóvenes, y recordando sus palabras, en aquel entonces, me desvelaba.

Recuerdo que grabé un nombre en el tronco de un plátano. Recuerdo que dejé un jirón de mi túnica en un camino por el que alguien pasaba.

Recuerdo haber amado... Oh, Panny chis, mi niña, ¿en qué manos te he dejado? ¿Cómo, oh desgraciada, pude abandonarte?

Ahora y para siempre sólo Mnasidika me posee. Que reciba como ofrenda el sacrificio de la felicidad de aquellos que abandoné por ella.



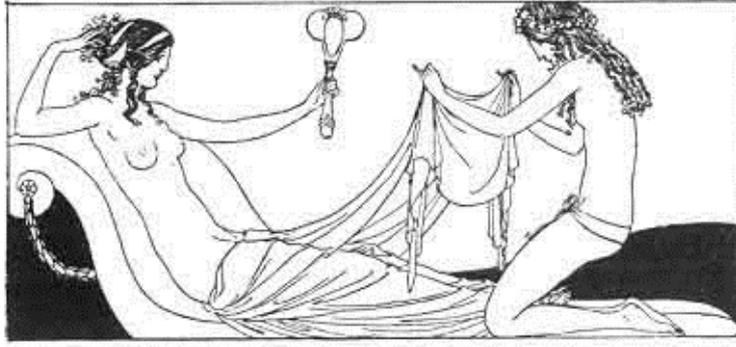
LA TUMBA SIN NOMBRE

Tomándome de la mano, Mnasidika me condujo fuera de las puertas de la ciudad, hasta un pequeño campo inculto en el que había una estela de mármol y me dijo: «Ésta fue la amiga de mi madre».

Sentí un gran escalofrío y sin dejar su mano, me apoyé sobre su hombro para leer los cuatro versos grabados entre la honda copa y la serpiente:

«Han sido las Ninfas de las Fuentes, que no la muerte, quienes me han llevado. Reposo aquí, bajo una tierra ligera con la cortada cabellera de Xantho. No revelo mi nombre».

Permanecemos allí, en pie, mucho tiempo y, sin embargo, no derramamos la libación. Porque, ¿cómo apelar a un alma desconocida entre las muchedumbres del Hades?



LAS TRES GRACIAS DE MNASIDIKA

Para que Mnasidika esté protegida por los dioses, he sacrificado a la Afrodita que gusta de las sonrisas dos liebres machos y dos palomas.

Y he sacrificado a Ares dos gallos de pelea y a la siniestra Hécate dos perros que aullaron bajo el cuchillo.

Y no he implorado a esos tres inmortales alocadamente, pues Mnasidika lleva en el rostro el reflejo de su triple divinidad:

Sus labios son rojos como el cobre, sus cabellos azulinos como el hierro y sus ojos negros como la plata.



LA GRUTA DE LAS NINFAS

Tus pies son más delicados que los de la Tétis argentina. Recoges, entre tus brazos, cruzados, tus senos y los meces tan suavemente como a dos bellos cuerpos de paloma.

Bajo tus cabellos escondes tus ojos húmedos, tu boca temblorosa y las rojas flores de tus orejas; pero nada, siquiera el cálido aliento del beso, detendrá mi mirada.

Porque, en la intimidad de tu cuerpo, ocultas, amada Mnasidika, la gruta de las Ninfas de la que nos habla el viejo Homero, el lugar donde las Náyades tejen lienzos de púrpura.

El lugar donde manan, gota a gota, inagotables fuentes, y por cuya puerta Norte descienden los hombres, mientras su puerta Sur abre paso a los Inmortales.





LOS SENOS DE MNASIDIKA

Cuidadosamente, abrió su túnica con una sola mano y me ofreció sus senos tibios y suaves, tal como se ofrecen a la diosa una pareja de tórtolas vivas.

«Quiérellos mucho, me dijo; ¡yo los quiero tanto! Están mimados como niños chicos. Me entretengo en ellos cuando estoy sola. Juego con ellos, los hago gozar».

«Los baño en leche. Los empolvo con flores. Mis finos cabellos que los enjugan agradan a sus pezoncitos. Los acaricio estremeciéndome. Los acuno en lana».

«Como no tendré jamás hijos, sé su mamoncillo, amor mío, y ya que están tan lejos de mi boca, bésalos tú por mí».



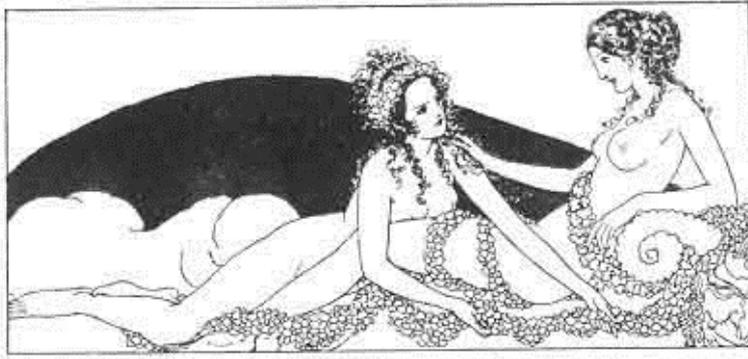
LA MUÑECA

Le he regalado una muñeca, una muñeca de cera con las mejillas rosadas. Sus brazos están sujetos mediante pernitos y sus piernas se doblan solas.

Cuando estamos juntas, la acuesta entre nosotras y es nuestra niña. Por la noche la acuna y la pone al pecho antes de dormirla.

Le ha tejido tres tuniqueillas y el día de las Afrodias le regalamos joyas, joyas y también flores.

Para cuidar su virtud no la permite salir sola, especialmente en las horas de sol, pues la muñequita se fundiría en gotas de cera.



TERNEZAS

Cierra dulcemente tus brazos, como un ceñidor en torno a mí. ¡Toca toca mi piel así! Ni el agua, ni la brisa del mediodía son más suaves que tu mano.

Hoy, hermanita, te toca a ti, mígame. Recuerda las caricias que te enseñé la noche pasada y arrodíllate en silencio junto a mí, estoy agotada.

Tus labios descienden de mis labios. Los cabellos enmarañados les siguen todos como la caricia sigue al beso. Resbalan sobre mi seno izquierdo; me ocultan tus ojos.

Dame tu mano, ¡abrasa! Coge la mía, no la sueltes. Las manos se unen mejor que las bocas y nada en el mundo iguala su pasión.



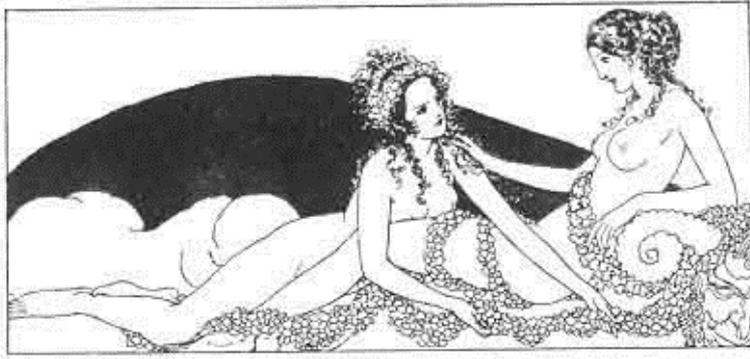
JUEGOS

Para ella soy mejor juguete que su pelota o su muñeca. Con todas las partes de mi cuerpo se entretiene como una niña, durante horas, sin hablar.

Deshace mi melena y la repeina luego a su capricho, unas veces anudándomela bajo la barbilla como una estofa tupida, otras torciéndomela en moño o trenzándola hasta la punta.

Observa sorprendida el color de mis pestañas, el pliegue de mi codo. Me hace a veces arrodillarme con las manos apoyadas en las sábanas:

Y entonces (éste es uno de sus juegos) desliza su cabecita por debajo e imita a la cabritilla temblorosa que mama de su madre.



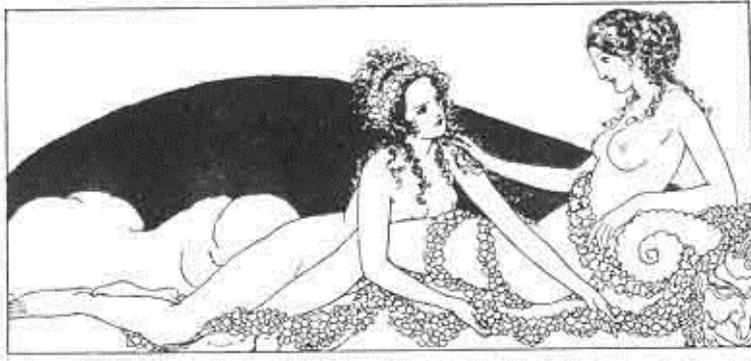
PENUMBRA

Nos deslizamos, ella y yo, bajo la sábana de lana transparente. Incluso nuestras cabezas se acurrucaban. Y la lámpara iluminaba la colcha que nos cubría.

Así yo veía su cuerpo querido en una luz misteriosa. Estábamos más próximas la una a la otra, más libres, más íntimas, más desnudas. «En la misma camisa», decía.

Nos acostamos peinadas para estar aún más desnudas, y en el aire cargado del lecho, ascendían, emanados de dos pebeteros naturales, dos olores de mujer.

Nadie en el mundo, siquiera la lámpara, nos vio aquella noche. Sólo ella y yo podríamos decir cuál de las dos fue amada. Pero los hombres no sabrán nada.



LA DURMIENTE

Duerme sobre sus sueltos cabellos, las manos cruzadas bajo la nuca. ¿Sueña? Su boca está entreabierta; respira suavemente.

Con un copo de cisne blanco, enjugo, sin despertarla, el sudor de sus brazos, la fiebre de sus mejillas. Sus párpados cerrados son dos flores azules.

Voy a levantarme con mucho cuidado; traeré agua, ordeñaré la vaca y a los vecinos pediré luego. Quiero estar rizado y vestido cuando abra los ojos.

Sueño, todavía continúo un buen rato entre sus bellas pestañas curvadas y sigue la feliz noche con sueño de buen augurio.



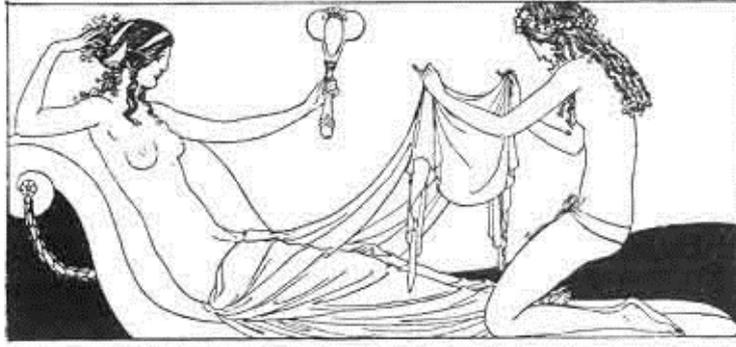
EL BESO

Besaré de una a otra punta las largas negras alas de tu nuca, oh dulce pájaro, cautiva paloma cuyo corazón palpita bajo mi mano.

Atraparé tu boca con mi boca como un niño coge el pecho de su madre. ¡Estremécete...! que el beso penetre hondamente y colmará el amor.

Pasearé mi lengua ligera por tus brazos, en torno a tu cuello, y haré rodar por tus costados inquietos la tirante caricia de mis uñas.

Oye susurrar en tu oído todo el rumor del mar... ¡Mnasidika, tu mirada me daña! Encerraré en mi beso tus párpados ardientes como labios.



LOS CELOSOS CUIDADOS

No te peines, no sea que el hierro demasiado caliente queme tu nuca o tus cabellos. Déjale suelto sobre tus hombros y esparcido por tus brazos.

No te vistas, no sea que el ceñidor irrite los esbeltos pliegues de tu cadera. Quédate desnuda como una niña.

Mejor incluso que no te levantes, no sea que caminando se lastimen tus frágiles pies. Descansa en el lecho, víctima de Eros, y yo curaré tu desdichada herida.

Porque no quiero ver, Mnasidika, sobre tu cuerpo otras marcas que la mancha de un beso excesivamente largo, el rasguño de una uña afilada o el surco amoratado de mi abrazo.



EL ABRAZO FRENÉTICO

Ámame, no con sonrisas, flautas o flores trenzadas, sino con tu corazón y tus lágrimas, como yo te amo con mi corazón y mis gemidos.

Cuando tus senos se alternan con mis senos, cuando siento tu vida tocar mi vida, cuando tus rodillas se aderezan tras de mí, mi boca anhelante no sabe siquiera pegarse a la tuya.

¡Abrázame como te abrazo! Mira, se consume la lámpara, caemos en la noche; estrecho tu cuerpo palpitante y oigo tu lamento perpetuo...

¡Gime! ¡Gime! ¡Gime, mujer! Eros nos arrastra en el dolor. Menos sufrirías sobre esta cama para traer un hijo al mundo que para parir de este amor.



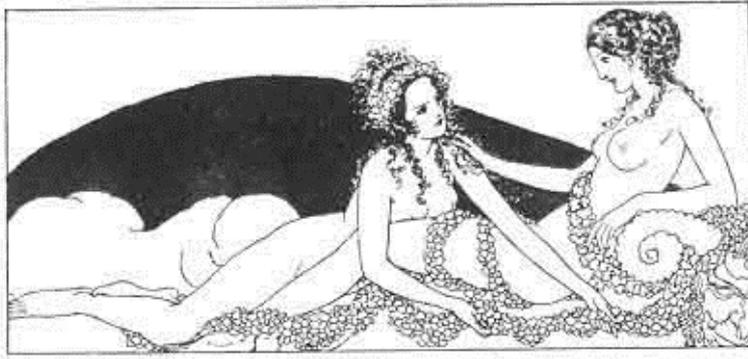
EL CORAZÓN

Jadeante cogí su mano y la aplasté bajo la húmeda piel de mi seno izquierdo. Y mientras, volvía la cabeza de un lado a otro y movía mis labios sin hablar.

Mi corazón enloquecido, brusco e inflexible, golpeaba y golpeaba mi pecho como lo haría un sátiro prisionero, encogido en un odre. «Te duele el corazón...», me dijo.

«Mnasidika, le respondí, el corazón de las mujeres no está aquí. Éste es un pobre pájaro, una paloma que bate sus débiles alas. El corazón de las mujeres es más terrible».

«Semejante a una pequeña baya de mirto, arde en roja llama bajo abundante espuma. Allí es donde siento que muerde la voraz Afrodita».



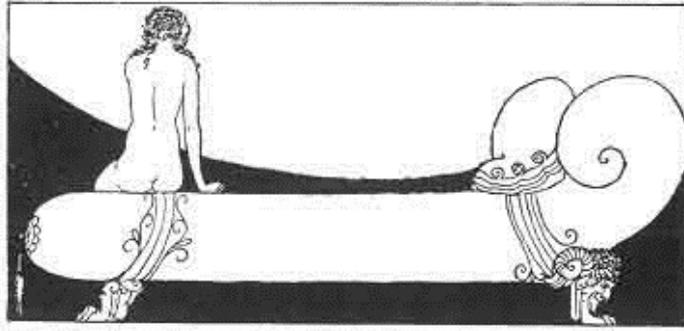
PALABRAS EN LA NOCHE

Descansamos con los ojos cerrados; todo está silencioso en torno a nuestra cama. ¡Inefables noches de estío! Creyéndome dormida pone su cálida mano sobre mi brazo.

Y murmura: «Bilitis, ¿duermes? Mi corazón salta, pero, sin contestar, acompaso mi respiración como una mujer entregada a sus sueños». Entonces, comienza a hablar:

«Ya que no me escuchas, dice, ¡cómo te quiero! Y repite una vez tras otra mi nombre: “Bilitis... Bilitis...”. Y me roza con la punta de sus dedos temblorosos».

«¡Esta boca es mía! ¡Sólo mía! ¿Hay otra en el mundo más hermosa? ¡Ay, mi dicha, mi dicha! Y míos estos brazos desnudos, esta nuca y estos cabellos...».



LA AUSENCIA

Ha salido, está lejos y, sin embargo, aún la veo, porque todo está lleno de ella en esta alcoba, todo le pertenece, y tanto como el resto, yo.

Este lecho aún tibio por el que vaga mi boca conserva la huella de su cuerpo. Sobre esa blanda almohada apoyó su cabecita envuelta en cabellos.

Ese lebrillo es en el que ella se lava; ese peine ha desenredado los intrincados nudos de su melena. Esas sandalias albergaron sus pies desnudos. Ese corpiño de seda apretó sus senos.

Pero lo que no me atrevo a tocar, siquiera con la punta del dedo, es ese espejo en el que examinó sus magulladuras aún tibias y recientes y en el que tal vez permanezca todavía el reflejo de sus labios húmedos.



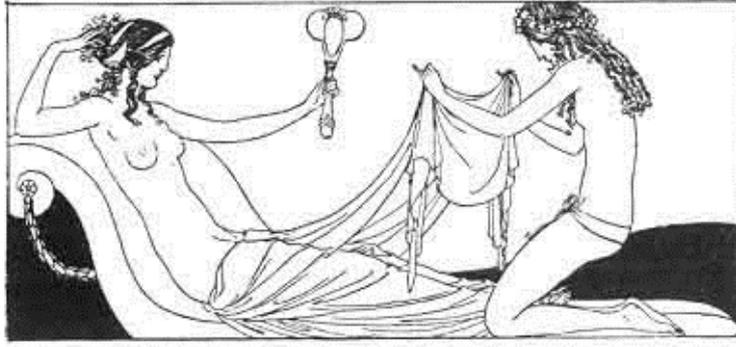
AMOR

¡Ay! Si pienso en ella mi garganta se seca, mi cabeza da vueltas, se endurecen mis pechos hasta dolerme y me estremezco y derramo lágrimas mientras camino.

Si la diviso, mi corazón se para, mis manos tiemblan, mis pies se hielan, un rubor de fuego asciende a mis mejillas y mis sienes laten dolorosamente.

Si la rozo, me vuelvo loca, se paralizan mis brazos, mis rodillas se doblan. Caigo ante ella y me tiendo como una moribunda.

Cada palabra que pronuncia me hiera. Su amor es una tortura y los transeúntes oyen mis lamentos... ¡Ay! ¿Cómo puedo llamarla Bienamada?



LA PURIFICACION

¡Por fin llegaste! Desátate las cintas y abre los broches de tu túnica. Despójate hasta de las sandalias, los cordones e incluso la banda que oprime tus senos.

Quítate el negro de las pestañas y el rojo de los labios. Lava el blanco de tus hombros y alísate los cabellos en el agua.

Porque quiero tenerte completamente pura, tal como naciste sobre el lecho, a los pies de tu madre fecunda y ante tu victorioso padre.

Tan casta que el roce de mi mano en tu mano te ruborice hasta los labios y que una palabra mía susurrada en tu oído trastorne tus ojos arremolinados.





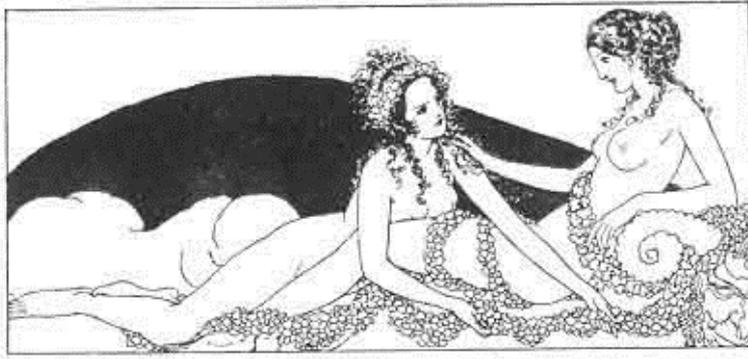
LA NANA DE MNASIDIKA

Mi chiquitina, aunque soy pocos años mayor que tú, no te amo como un amante, sino como si hubieses nacido de mis entrañas laboriosas.

A veces, acunada en mis rodillas, rodeándome con tus frágiles brazos, buscas con la boca anhelante mi pecho y lo chupas lentamente entre tus labios palpitantes.

Sueño entonces que en otro tiempo amamanté verdaderamente esa boca gordezuela, blanda y empapada, ese purpúreo vaso mirrino que misteriosamente encierra la felicidad de Bilitis.

Duérmete. Te acunaré con una mano sobre mi rodilla que sube y baja. Duérmete así. Cantaré para ti las melancólicas cancioncillas que adormecen a los recién nacidos...



PASEO A ORILLAS DEL MAR

Caminábamos en silencio por la playa, envueltas hasta la barbilla en nuestras túnicas de oscura lana, cuando pasaron dos alegres jovencitas.

«¡Ah! ¡Son Bilitis y Mnasidika! Mirad qué preciosa ardillita hemos atrapado: es suave como un pájaro y asustadiza como un conejo».

«En casa de kydé la enjaularemos y la alimentaremos con mucha leche y hojas de lechuga. Es una hembra, vivirá muchos años».

Y las muy locas se marcharon corriendo. Nosotras, sin decir una palabra, nos sentamos, yo sobre una roca, ella en la arena y contemplamos el mar.



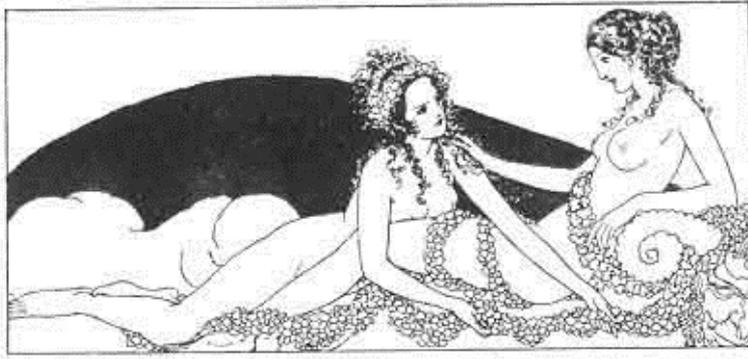
EL OBJETO

«Salud, Bilitis. Mnasidika, salud. —Siéntate, ¿qué tal va tu marido? —Demasiado bien. No le digáis que me habéis visto. Me mataría si supiese que estoy aquí. —Nada temas.

—¿Es esta vuestra habitación? ¿Y esa vuestra cama? Disculpadme, soy una curiosa. —Conoces seguramente el lecho de Myrrhiné. —Muy poco. —Dicen que es hermosa. —¡Y lasciva, querida mía! pero callemos.

—¿Qué querías de mí? —Que me prestases... —Sigue. —No me atrevo a nombrar ese objeto. —Nosotras no tenemos de eso. —¿De veras? —Mnasidika es virgen. —Entonces, ¿dónde podría comprarlo? —En casa de Drakon, el guarnicionero.

—Dime también quién te vende el hilo para bordar. El mío se rompe con sólo mirarlo. —Me lo hago yo misma, pero Naïs vende uno excelente. —¿A qué precio? —Tres óbolos. —¡Es caro! ¿Y el objeto? Dos dracmas. —Adiós».



ANOCHECER JUNTO AL FUEGO

El invierno es duro, Mnasidika. Afuera de nuestra cama todo está frío. Pese a todo, levántate y ven a mi lado. He encendido un gran fuego con cepas secas y con astillas.

Nos calentaremos acurrucadas, desnudas del todo, con los cabellos sueltos a la espalda y beberemos leche en la misma copa y comeremos pastelillos de miel.

¡Qué alegres y sonoras son las llamas! ¿No estás demasiado cerca? Tu piel enrojece. Déjame que bese esas partes que encendió el fuego.

Calentaré las tenacillas en las brasas y te peinaré aquí mismo. Con los tizones apagados escribiré tu nombre en el muro.



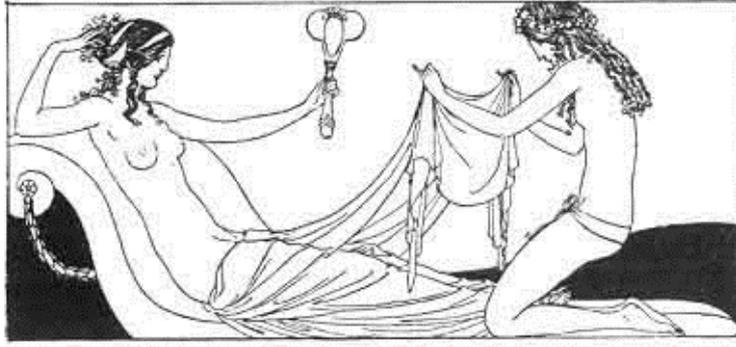
RUEGOS

¿Qué quieres? Pídelo. Si es preciso venderé mis últimas joyas para que una esclava atenta adivine los deseos en tus ojos, la sed inminente en tus labios.

Si la leche de nuestras cabras te parece sosa, alquilaré para ti, como si fueses un niño, una nodriza de henchidos pechos que te amamantará cada mañana.

Si nuestra cama te parece áspera, compraré todos los almohadones mullidos, todos los cobertores de seda, todos los edredones rellenos de plumas de los mercaderes amathusinos.

Todo. Pero es imprescindible que yo te satisfaga, y si dormimos sobre la tierra, que la tierra te resulte más blanda que el tibio lecho de una extranjera.



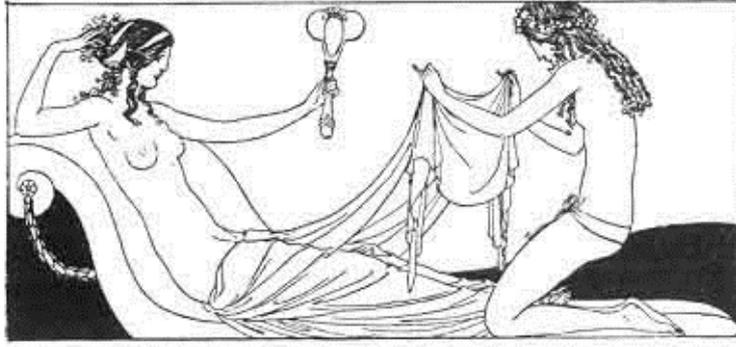
LOS OJOS

Grandes ojos de Mnasidika, ¡qué feliz me hacéis cuando el amor os ensombrece los párpados y os enciende y os anega en lágrimas!

Pero qué loca me volvéis cuando os apartáis, distraídos por una mujer que pasa o por un recuerdo que no es el mío.

Entonces, mis mejillas se hundan, mis manos tiemblan y sufro... Me parece que mi vida se escapa, ante vosotros, por todas partes.

¡Grandes ojos de Mnasidika, no dejéis de mirarme! Si no os traspasaré con mi aguja y sólo veréis la tenebrosa noche.



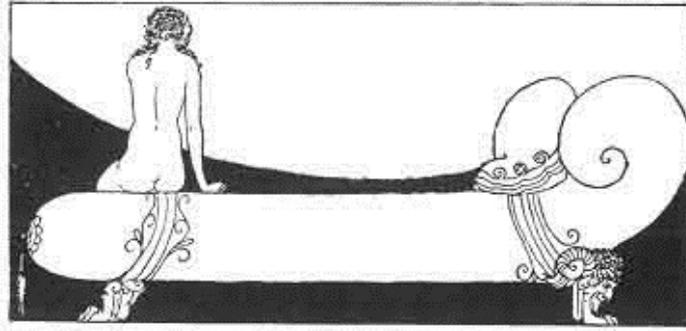
LOS ADORNOS

Todo, incluso mi vida, y el mundo y los hombres; todo lo que no es ella, no es nada. Lo que no es ella, te lo regalo todo viajero.

¿Sabe acaso qué trabajos emprendo en mi peinado, en mis adornos, en las ropas y perfumes, para parecerle bella?

Pero igualmente haría girar la muela, hundiría el remo o cavaría la tierra, si tal fuese el precio para retenerla a mi lado.

Pero que no lo sepa jamás, ¡Diosas que veláis por nosotras! Porque el mismo día que sepa que la amo se buscará otra mujer.



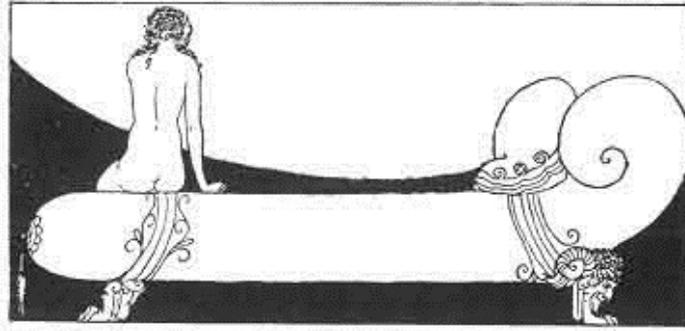
EL SILENCIO DE MNASIDIKA

Estuvo todo el día riéndose y hasta se burló un poco de mí. Rehusó obedecerme ante varias mujeres extrañas.

Cuando volvimos a casa, fingí no querer hablarle y como se colgaba de mi cuello preguntándome: «¿Estás enfadada?», le dije:

«Ya no eres como antes. No eres la misma que el primer día. Ya no te reconozco, Mnasidika». No me contestó.

Pero se puso las joyas que no lucía desde mucho tiempo atrás y se vistió la misma túnica amarilla, bordada en azul, que llevaba el día que nos encontramos.



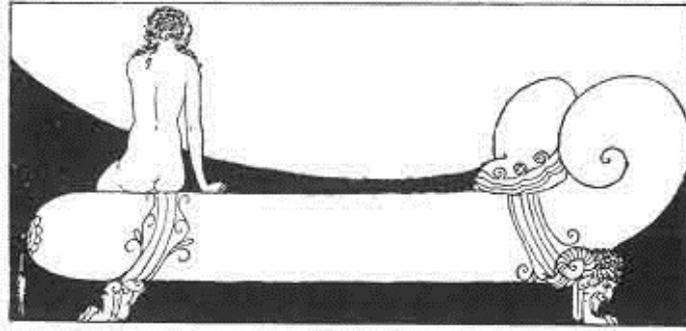
UNA ESCENA

«¿Dónde estabas? —En casa de la florista. He comprado unos lirios hermosísimos. Aquí están, los traigo para ti. —¿Y has tardado tanto en comprar cuatro flores? —Me entretuvo la vendedora.

—Tienes las mejillas pálidas y los ojos brillantes. —Es la fatiga de la caminata. —Tu pelo está húmedo y alborotado. —El calor y el viento me han despeinado así.

Han desatado tu ceñidor. Yo misma hice el nudo y era más flojo que éste. —Sí, tan flojo que se deshizo solo y un esclavo con quien me crucé me lo ató de nuevo.

—Hay una mancha en tu vestido. —Es el agua que escurría de las flores. —Mnasidika, almita mía, tus lirios son los más bellos de toda Mitilene. —Lo sé. Lo sé perfectamente».



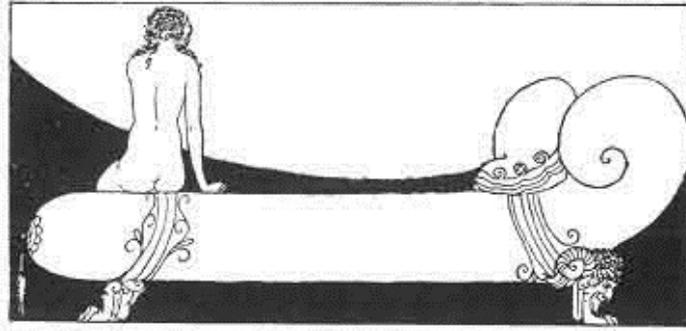
ESPERA

El sol ha pasado la noche entre los muertos, desde que la espero, sentada en el lecho, rendida de velar. La mecha de la lámpara ha ardido hasta consumirse.

Ya no volverá: sólo brilla la última estrella. Sé perfectamente que no volverá. Conozco incluso el nombre que aborrezco. Y, sin embargo, todavía espero.

¡Que venga ahora!, sí, ¡que venga con la melena despeinada y sin rosas, la túnica sucia y arrugada, la lengua seca y los párpados amoratados!

En cuanto abra la puerta, le diré... pero si está aquí... ¡Es su ropa la que toco, sus manos, su piel y sus cabellos! Mi boca la besa enloquecidamente y lloro.



LA SOLEDAD

Ahora, ¿para quién me pintaré los labios? ¿Para quién me puliré las uñas? ¿Para quién perfumaré mi pelo?

¿Para quién mis senos empolvados de rojo si ya no han de tentarla? ¿Para quién mis brazos bañados en leche si ya no van a abrazarla?

¿Cómo podré dormir? ¿Cómo podré acostarme? Esta noche, mi mano no halló en lo ancho del lecho su cálida mano.

Ya no me atrevo a regresar a la casa, a entrar en la alcoba pavorosamente vacía. Ni a abrir la puerta. Siquiera me atrevo ya a abrir los ojos de nuevo.



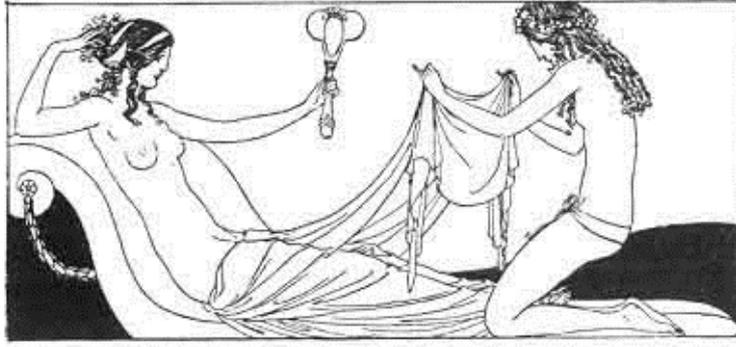
CARTA

Es imposible, imposible. Te lo suplico de hinojos y con lágrimas, con todas las lágrimas que he llorado sobre tu horrible carta. No me dejes así.

Concibes lo horrendo de volver a perderte para siempre, tras la inmensa alegría de esperar reconquistarte. ¡Ay, amor mío! ¿No sabes acaso cuánto te amo?

Escúchame. Consiente verme al menos una vez. ¿Quieres estar mañana, al caer el sol, delante de tu puerta? Mañana o pasado mañana. Yo iré a buscarte. No me lo niegues.

Que sea, si tú quieres, la última vez, ¡pero todavía esta vez! Te lo pido, te lo imploro, y piensa que de tu respuesta depende del resto de mi vida.



LA TENTATIVA

Nos tenías celos, Gyrinno, chiquilla más que ardiente. ¡Cuántos ramitos hiciste colgar en la aldaba de nuestra puerta! Y nos aguardabas en la calle y seguías nuestros pasos.

Ahora, como querías, estás tendida en el lugar deseado y apoyas la cabeza sobre esta almohada que aún exhala el olor de otra mujer. Eres más alta que ella. Tu cuerpo distinto me asombra.

Mira, al fin cedí. Sí, soy yo. Puedes jugar con mis senos, acariciar mi vientre, entreabrir mis rodillas. Mi cuerpo todo se entrega a tus labios incansables. —¡Ay de mí!

¡Ay, Gyrinno! ¡Con el amor se desbordan también mis lágrimas! Enjúgalas con tus cabellos, no las beses más, querida mía; y abrázame más estrechamente para sofocar mis temblores.



EL ESFUERZO

¡Otra vez! ¡Basta de suspiros y de desperezos! ¡Empieza de nuevo! ¿Crees acaso que el amor es un recreo? Es una tarea, Gyrinno, y de todas, la más ruda.

¡Despierta! ¡No te duermas! ¡Qué me importan tus ojeras y el anillo de dolor que te abrasa tus delgadas piernas! Astarté me bulle en las caderas.

Nos acostamos antes del crepúsculo y ya está aquí la infame aurora; pero yo no me canso por tan poco. No dormiré antes que llegue la segunda noche.

Yo no dormiré; ¡tú no te duermas! ¡Ay, qué amargo el sabor de la mañana! Siénteme Gyrinno. Los besos son más dificultosos, pero más extraños y duraderos.



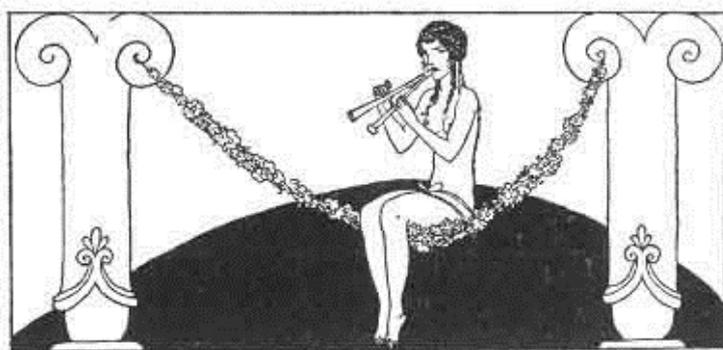
A GYRINNO

No creas que te he amado. Te he masticado como a una breva madura; te he bebido como agua que quema; te he ceñido en torno a mí como un cinturón de piel.

Me he entretenido con tu cuerpo porque tienes cortos los cabellos, los senos puntiagudos sobre tu cuerpo magro y los pezones negros como dos pequeños dátiles.

Tan necesaria como la fruta y el agua es necesaria una mujer, pero ya no recuerdo siquiera tu nombre, tú que pasaste por mis brazos como la sombra de otra mujer adorada.

Entre tu carne y la mía, un sueño abrasador me ha poseído. Te estrechaba contra mí como contra una herida gritando: ¡Mnasidika! ¡Mnasidika! ¡Mnasidika!



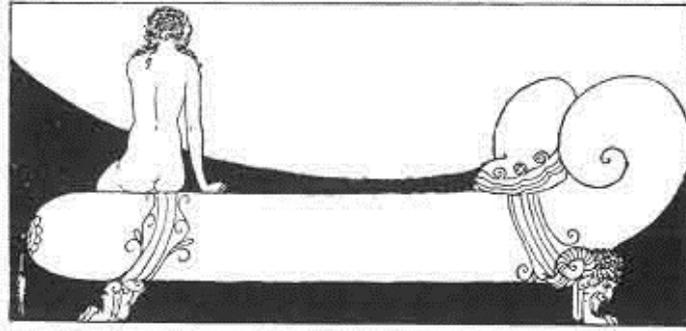
EL ULTIMO INTENTO

«¿Qué quieres, vieja? Consolarte. Trabajo inútil. Me han dicho que desde tu ruptura vas de amor en amor sin hallar paz ni olvido. Vengo a proponerte alguien».

Habla. Es una joven esclava nacida en Sardes. No tiene igual en el mundo, pues es a la vez hombre y mujer, aunque su pecho, sus largos cabellos y su clara voz confunden.

¿Su edad? Dieciséis años. ¿Su talla? Alta. No ha conocido a nadie aquí excepto a Psappha que está perdidamente enamorada de ella y quiso comprármela por veinte minas. Si la alquilas es tuya. ¿Y que haré con ella?

Llevo veintidós noches intentando en vano huir del recuerdo... Sea, la tomo, pero avisa a la pobrecilla para que no se asuste si sollozo entre sus brazos.



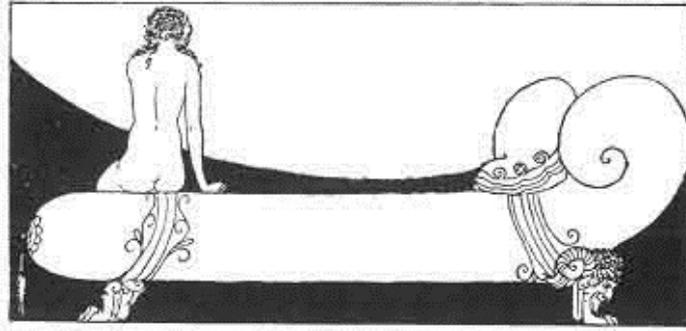
EL RECUERDO DESGARRADOR

Recuerdo... (¡a qué hora del día no la tengo ante mis ojos!), recuerdo la forma en que Ella se ahuecaba el cabello con sus frágiles dedos tan pálidos.

Recuerdo una noche que pasó con la mejilla apoyada tan suavemente sobre mi seno que la dicha me mantuvo desvelada y por la mañana Ella llevaba en su cara la marca redonda del pezón.

La veo sosteniendo su tazón de leche y mirándome de reojo con una sonrisa. La veo empolvada y peinada, abriendo ante el espejo sus ojos inmensos, retocándose, con la punta del dedo, el rojo de los labios.

Y aún más, si mi desesperación es una perpetua tortura, es porque sé, en cada momento, cómo desfallece en los brazos de la otra y lo que le pide y lo que Ella le da.



A LA MUÑECA DE CERA

Muñeca de cera, juguete querido al que llamaba su niña, también a ti te ha dejado y te olvidó como a mí, que junto a ella fui tal vez tu padre, ¿o tu madre?, no lo sé.

La presión de sus labios destiñó tus mejillitas, y éste es el dedo roto de tu mano izquierda que tanto la hizo llorar. Esta pequeña cyclas que llevas ella te la bordó.

De crearla, ya sabías leer. Y, sin embargo, aún no estabas destetada y por la noche, inclinada sobre ti, abría su túnica y te daba el pecho «para que no llores», decía.

Muñeca, si quisiese volver a verla, te ofrendaría a Afrodita como mi obsequio más querido. Pero prefiero pensar que está definitivamente muerta.



CANTO FÚNEBRE

Cantad un canto fúnebre, musas Mitilenas, ¡cantad! La tierra está sombría como vestido de luto y los árboles amarillos tiemblan como cabelleras rapadas.

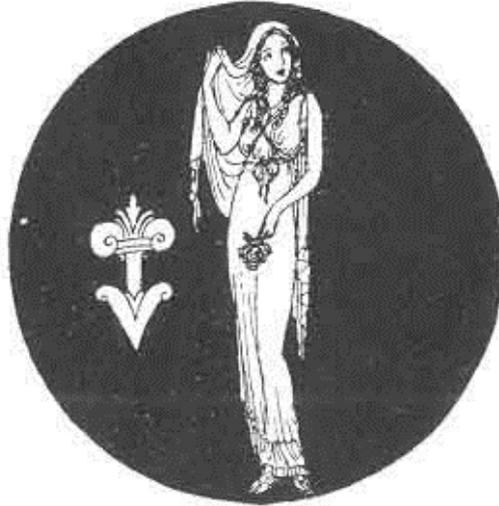
¡Heraios! ¡Mes triste y dulce! Las hojas caen tan lentamente como la nieve, el sol es más penetrante en el bosque despejado. No escucho más que el silencio.

He aquí que han llevado a la tumba a Pitakos cargado de años. Muchos que he conocido, están muertos. Y la que vive es para mí como si ya no existiese.

Éste es el décimo otoño que veo morir sobre este llano. Ya es hora también de que yo desaparezca ¡Llorad conmigo, musas Mitilenas, llorad hollando mis pasos!

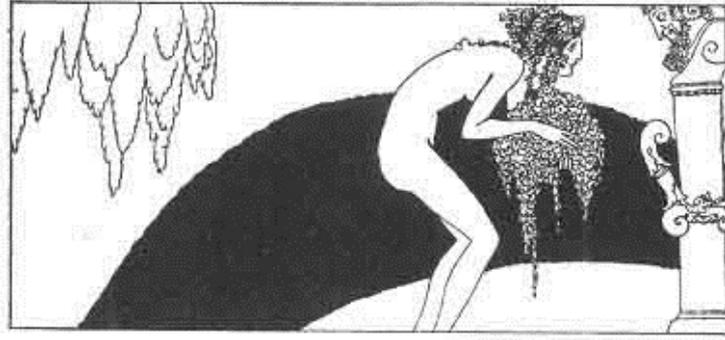
III

EPIGRAMAS EN LA ISLA DE CHIPRE



Ἄλλά με ναρκίσσοις ἀναδήσατε, καὶ πλαγιαύλων
γεύσατε καὶ κροκίνοις χρίσατε γυῖα μύροις.
Καὶ Μυτιληναίῳ τὸν πνεύμονα τέγξατε Βάκχῳ
καὶ συζεύξατέ μοι φωλάδα παρθενικὴν.

PHILODEMUS



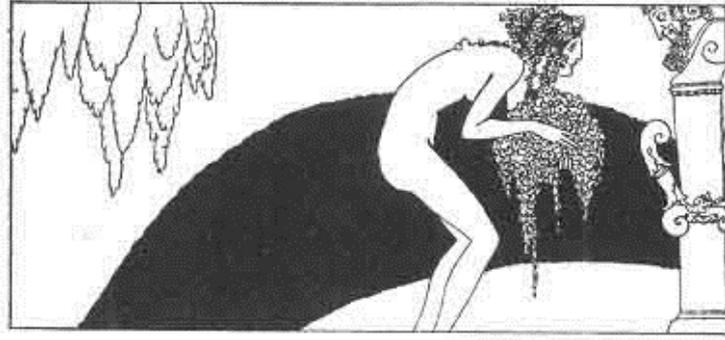
HIMNO A ASTARTÉ

¡Madre inagotable, incorruptible, creadora, primicia de los nacidos, engendrada por ti misma, de ti misma concebida, sólo a ti abierta y que en ti te regocijas, Astarté!

¡Oh por siempre fecundada, oh virgen y nodriza de todo, casta y lasciva, pura y gozosa, inefable, nocturna, dulce, inspiradora del fuego, espuma de la mar!

Tú que en secreto otorgas la gracia, tú que unes, tú que amas, tú que inflamas a las múltiples razas de las bestias salvajes con furiosos deseos y ayuntas los sexos en los bosques.

¡Oh! ¡Astarté irresistible, escúchame, tómame, poséeme, oh, Luna, y arranca de mis entrañas trece veces al año la libación de mi sangre!



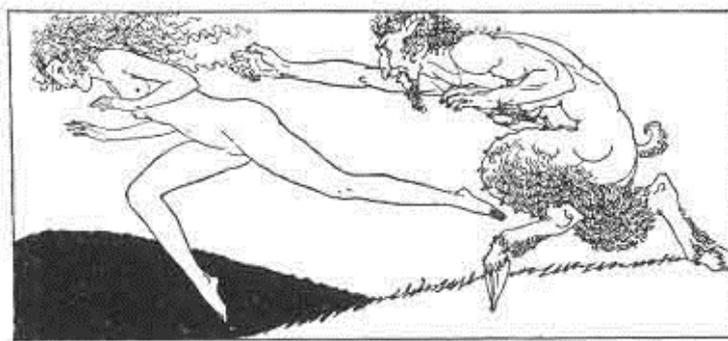
HIMNO A LA NOCHE

Las negras masas de los árboles tan inmóviles como montañas. Las estrellas que cubren un cielo inmenso. Un viento cálido que como hálito humano acaricia mis ojos y mis mejillas.

¡Oh Noche que procreaste los dioses! ¡Qué dulce eres en mis labios! ¡Qué cálida en mis cabellos! ¡Cómo penetras hoy en mí y cómo me siento preñada de tu primavera!

Las flores que florezcan nacerán todas de mí. El viento que se respira es mi aliento. El perfume que flota es mi deseo. Las estrellas están una por una en mis ojos.

¿Es tu voz el rumor del mar o el silencio del llano? No comprendo tu voz y, sin embargo, me hechiza de pies a cabeza y las lágrimas lavan mis manos.



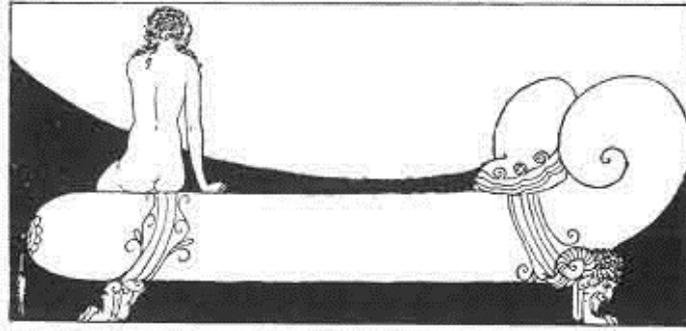
LAS MÉNADES

A través de los bosques que dominan el mar, irrumpieron las Ménades en tropel. Maskhalé, la de los senos fogosos, aullando, blandía el falo de madera de sicómoro pintarrajeado de bermellón.

Todas, bajo la basaris y las coronas de pámpanos, corrían, gritaban y saltaban, chasqueaban los crótalos en sus manos y los tirsos reventaban la piel de los tímpanos tonantes.

Cabelleras empapadas, ágiles piernas, senos enrojecidos y revueltos, sudorosas mejillas, espumarajos en los labios, ¡oh Dionisio!, te ofrendaban el amor que arrojaste en ellas.

Y el viento marino alzando hacia el cielo los rojos cabellos de Héliokomis, los retorció como una llama furiosa rematando una tea de blanca cera.



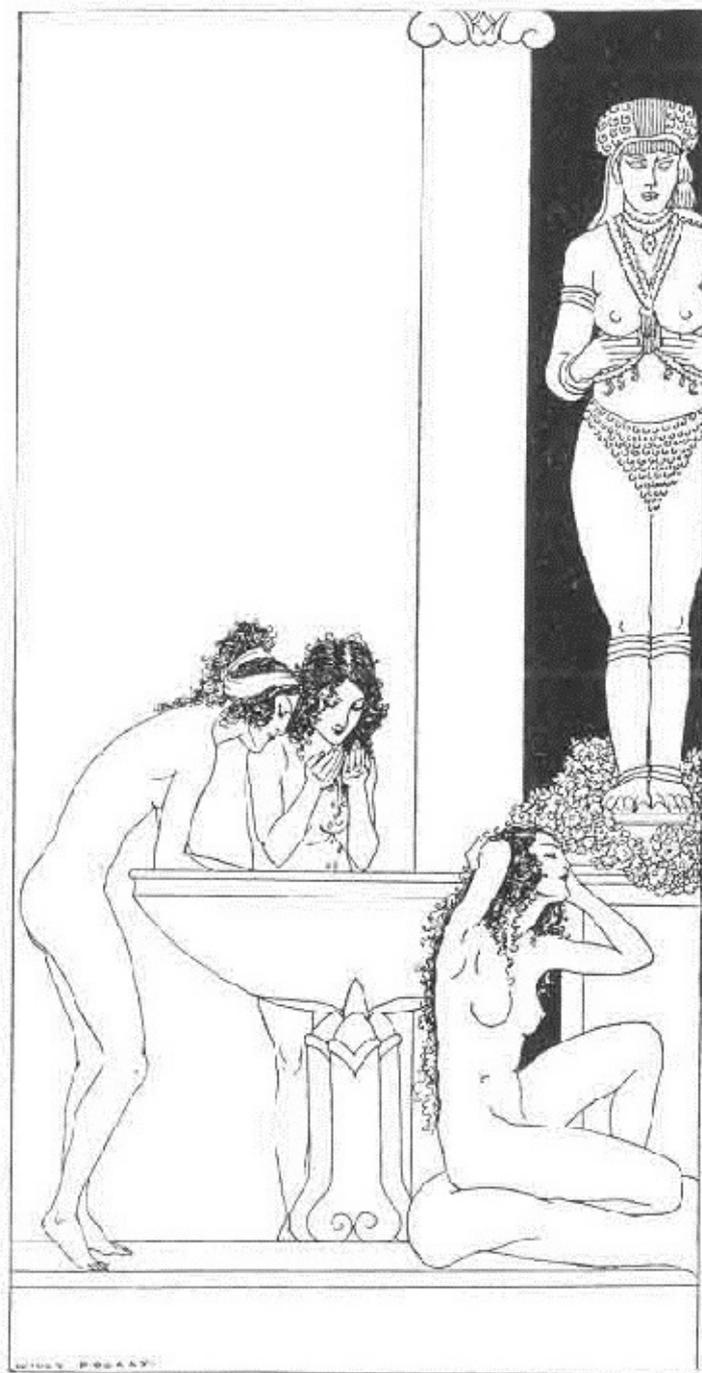
EL MAR DE CYPRIS

Me he tendido de bruces sobre el acantilado más alto. El mar estaba negro como campo de violetas. La vía láctea chorreaba de la gran mama divina.

A mi alrededor, mil Ménades dormían las flores destrozadas. Las largas hierbas se mezclaban con los cabellos y súbitamente el sol se levantó sobre las aguas del Oriente.

Éstas eran las mismas olas y ésta la misma orilla que vieron un día surgir el blanco cuerpo de Afrodita... Rápidamente me tapé los ojos con las manos.

Porque había visto temblar en el agua mil pequeños labios de luz: el sexo puro o la sonrisa de Cypris Filomeides.





LAS SACERDOTISAS DE ASTARTÉ

Las sacerdotisas de Astarté aman al salir la luna; luego se refrescan y se bañan en un gran estanque con los bordes de plata.

Se peinan con los dedos encorvados y sus manos teñidas de púrpura entre los bucles negros parecen ramas de coral en un mar sombrío y escarzado.

Para que el triángulo de la diosa señale su vientre como un santuario, jamás se depilan; pero se tiñen con pinceles y se perfuman profusamente.

Las sacerdotisas de Astarté aman cuando se pone la luna, luego, en una sala alfombrada en la que arde una alta lámpara de oro, se duermen acostándose al azar.



LOS MISTERIOS

En el recinto tres veces misterioso en el que los hombres no penetran jamás, te hemos festejado Astarté Nocturna, ¡Madre del Mundo, Fuente de la vida de los Dioses!

Os revelaré algunas cosas, pero ninguna de las que están prohibidas. En torno al Falo coronado, ciento veinte mujeres se balanceaban gritando. Las iniciadas vestían de hombre, las otras túnica abierta.

Las fumarolas de los sahumerios y el humo de las antorchas flotaban entre nosotros como nubarrones. Yo lloraba lágrimas ardientes. Todas, a los pies de la Berbeia, nos tumbamos de espaldas.

Por fin, cuando se consumó el Acto Religioso y se hundió el purpúreo falo en el Triángulo Único, fue cuando comenzó el Misterio. Pero yo no diré nada más.



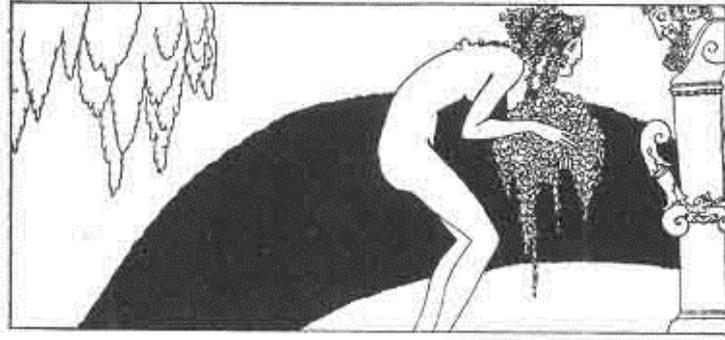
LAS CORTESANAS EGIPCIAS

He ido con Plango a casa de las cortesanas egipcias, en lo más alto del barrio viejo. Tienen ánforas de barro, bandejas de cobre y esteras amarillas en las que se acucillan sin esfuerzo.

Sus habitaciones son silenciosas, sin esquinas y sin rincones, de tanto como las sucesivas capas de cal azulada han recubierto los capiteles y redondeado el zócalo de los muros.

Se sostienen inmóviles, posadas las manos sobre las rodillas. Al ofrecernos sus gachas murmuran: «Felicidad». Y cuando se les dan las gracias, responden: «Gracias a ti».

Comprenden el heleno, pero fingen hablarlo malamente para reírse de nosotras en su propia lengua; y entonces, ojo por ojo y diente por diente, hablamos nosotras en lydio y de pronto se inquietan.



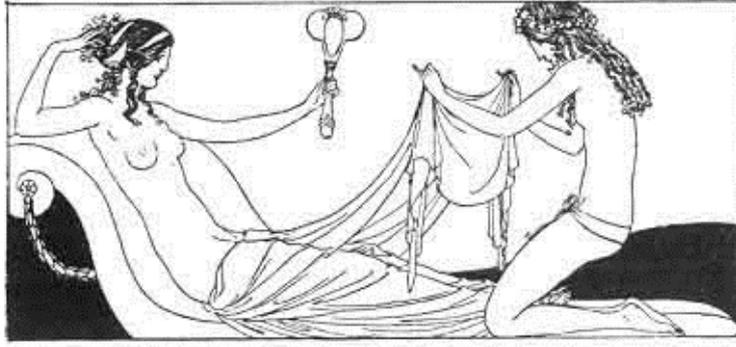
YO CANTO MI CARNE Y MI VIDA

No, no cantaré a las amantes célebres. Si ya no existen, ¿por qué mencionarlas? ¿No soy acaso yo semejante a ellas? ¿No tengo bastante con pensar en mí misma?

Te olvidaré, Pasifae, aunque tu pasión fue extrema. ¡No te alabaré, Syrinx, ni a ti, Byblis, ni siquiera a ti, de entre todas elegida de la diosa, Helena la de los blancos brazos!

Si alguna sufrió, yo apenas lo siento. Si alguna amó, yo amo más todavía. Canto mi carne y mi vida y no la sombra estéril de las amantes sepultadas.

¡Continúa acostado, oh, cuerpo mío, según tu voluptuosa misión! Saborea el goce cotidiano y las pasiones sin mañana. No tengas ni un placer desconocido en las cuentas del día de tu muerte.



LOS PERFUMES

Perfumaré toda mi piel para atraer a los amantes. De un lebrillo de plata verteré nardo de Tarsos y metopion de Egipto sobre mis hermosas piernas.

Bajo mis brazos, menta rizada; mejorana de Kos sobre mis ojos y mis pestañas. Esclava, suelta mi cabellera y ahúmala en incienso.

Éste es el unguento de las montañas de Chipre, lo haré correr entre mis senos. El extracto de rosas traído de Faselis embalsamará mi nuca y mis mejillas.

Y ahora, extiende en mis caderas el bakkaris irresistible. Más le vale a una cortesana conocer los perfumes de Lydia que las costumbres del Peloponeso.



CONVERSACIÓN

»Buenos días. —Buenos sean. —Qué prisa llevas. —Tal vez menos de la que piensas. —Eres una guapa muchacha, —Tal vez más de lo que crees.

—¿Cuál es tu delicioso nombre? —No lo digo tan pronto. —¿Tienes alguien esta noche? —Siempre a quien me ama. —Y tú, ¿cómo le amas? —Como él quiere.

Cenaremos juntos. —Si así lo quieres... y, ¿qué me darás? —Esto. —¿Cinco dracmas? Eso para mi esclava. ¿Y para mí? —Dilo tú misma. —Cien.

—¿Dónde vives? —En esa casa azul. —¿A qué hora quieres que envíe a buscarte? —Ahora mismo si quieres. —Ahora mismo. —Ve delante.



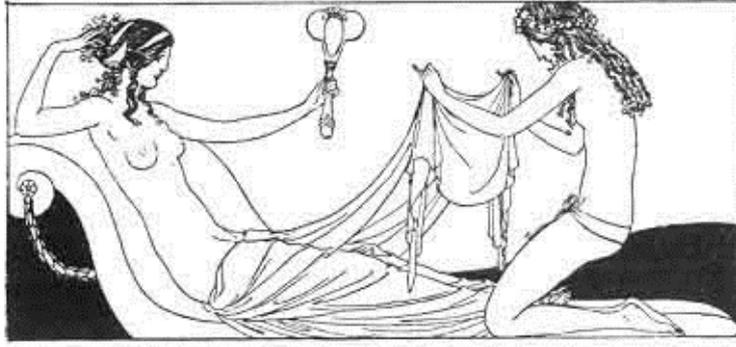
LA TÚNICA RASGADA

«¿Por las dos diosas!, ¿quién es el insolente que pisa mi túnica? —Un enamorado. —Un necio. —He sido un torpe, perdóneme.

—¡Imbécil!, mi túnica amarilla rasgada por detrás de arriba abajo, si voy así por la calle me tomarán por una pobrecilla que sirve a la Cypris inversa».

—¿Es que no te detendrás? —¡Creo que todavía me habla! —¿Me dejarás así de enfadada...? —¿No respondes? —¡Ay! no me atrevo a hablar más.

—Tengo que volver a casa a cambiarme de ropa. —¿Puedo acompañarte? —¿Quién es tu padre? —El rico armador Nikias. —Tienes los ojos bonitos, te perdono.



LAS JOYAS

Una diadema de oro calado corona mi frente estrecha y blanca. Cinco cadenas de oro, colgadas de mis cabellos por dos anchos broches, bordean mi mentón y mis mejillas.

En mis brazos que envidiaría Iris, se superponen trece ajorcas de plata tan pesadas que sirven de armas; conozco una enemiga que las ha probado.

Estoy verdaderamente cubierta de oro. Mis senos van revestidos por dos pectorales de oro. Ni las imágenes de los dioses están todas tan ricamente alhajadas como yo.

Y llevo sobre mi túnica gruesa un cinturón recamado con lentejuelas de plata en el que puedes leer este verso: «Ámame eternamente, pero no te aflijas si te engaño tres veces al día».



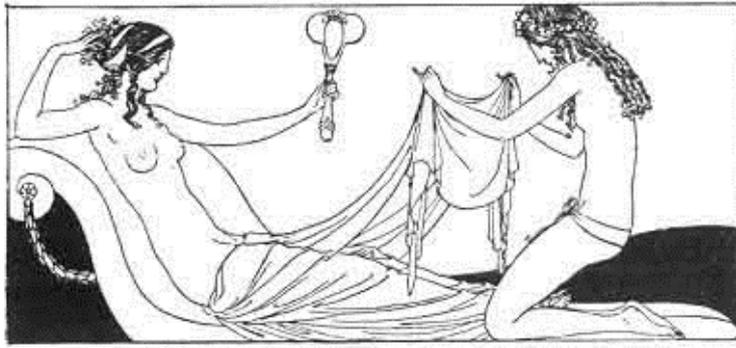
EL INDIFERENTE

En cuanto ha entrado en mi habitación, sea quien sea (¿eso qué importa?): «Mira, le digo a la esclava, ¡qué hombre tan guapo!, ¡qué dicha para una cortesana!».

Le proclamo Adonis, Ares o Hércules, según su cara, o el Viejo de los Mares, si sus cabellos son de pálida plata. Y entonces, ¡cuántos desdenes para con la juventud ligera!

«¡Ay!, si no tuviese que pagar mañana a mi florista y mi orfebre, cómo me gustaría decirte: ¡no quiero tu oro! ¡Soy tu apasionada esclava!».

Después, cuando ha cerrado sus brazos bajo mis hombros, he visto pasar, contra el estrellado cielo de mis párpados transparentes, la divina imagen de un barquero del puerto.



EL AGUA PURA DEL ESTANQUE

«Agua pura del estanque, espejo inmóvil, háblame de mi belleza. —Bilitis, o quien quiera que seas, Thetys, quizá, o Anfitrita, eres bella, tú lo sabes».

«Tu rostro se inclina bajo tu espesa cabellera, ahuecada con flores y perfumes. Tus tiernos párpados apenas se abren y tus caderas languidecen por los movimientos del amor».

«Tu cuerpo cansado del peso de tus senos muestra las finas marcas de las uñas y las azuladas manchas del beso. Tus brazos están enrojecidos por el estrecho abrazo. Cada pliegue de tu piel ha sido amado.

—Agua clara del estanque, tu frescor descansa. Recíbeme, que de verdad estoy agotada. Arrastra los afeites de mis mejillas y el sudor de mi vientre y el recuerdo de esta noche».





VOLUPTUOSIDAD

Nos abandonaron en plena noche, desmayadas entre las rosas de una terraza blanca. El sudor caliente, como lágrimas, escurría de nuestras axilas a nuestros senos. Una pesada voluptuosidad abochornaba nuestras cabezas asoladas.

Cuatro palomas cautivas, bañadas en cuatro perfumes, revolotearon silenciosamente sobre nosotras. Desde sus alas, sobre las mujeres desnudas, gotearon fuertes aromas. Fui inundada de esencia de lirio.

¡Qué lasitud! Apoyé mi mejilla en el vientre de una muchacha arropada en el frescor de mi cabellera empapada. El aroma de su piel azafranada embriagaba mi boca entreabierta. Su muslo se cerró sobre mi nuca.

Me dormí, pero un sueño agobiante me despertó: el iynx, pájaro de los deseos nocturnos, cantaba enloquecidamente a lo lejos. Tosí con un escalofrío. Un brazo, cimbreño como una flor, se elevaba poco a poco en el aire hacia la luna.



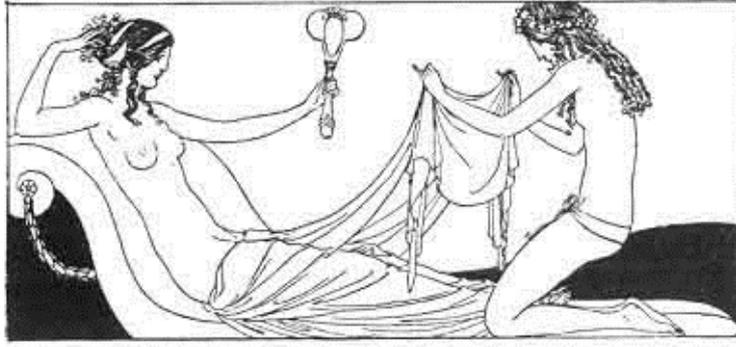
LA POSADA

Posadero, somos cuatro. Danos una habitación con dos camas. Es ya muy tarde para regresar a la ciudad y la lluvia ha destrozado los caminos.

Trae un cestillo de higos, queso y vino tinto; pero antes quítame las sandalias y lávame los pies, que me cosquillea el barro.

Haz llevar a la habitación dos lebrillos con agua, una lámpara llena, una cratera y kylix. Sacude las mantas y mulle las almohadas.

¡Pero que las camas sean de buen arce y las tablas mudas! Mañana no nos despiertes.



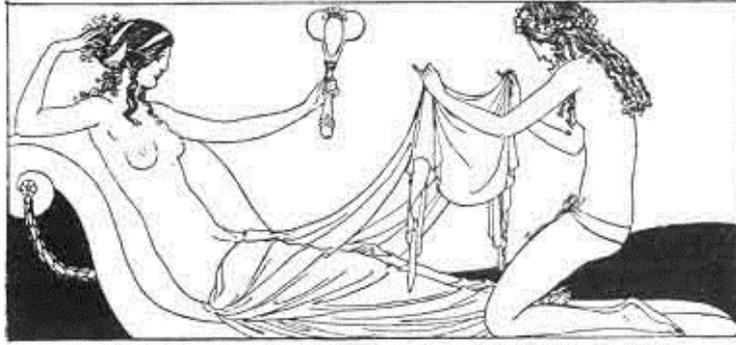
LA SERVIDUMBRE

Cuatro esclavos guardan mi casa: dos robustos tracios en la puerta, un siciliano en la cocina y una dócil frigia muda que sirve en mi alcoba.

Los dos tracios son buenos mozos. Llevan un bastón en la mano para ahuyentar a los amantes pobres y un martillo para clavar en el muro las coronas que me envían.

El siciliano es un cocinero escogido; he pagado por él doce minas. Nadie sabe preparar como él las croquetas y los pasteles de amapolas.

La Frigia me baña, me peina y me depila. Duerme por la mañana en mi alcoba y durante tres noches al mes me sustituye junto a mis amantes.



EL BAÑO

Niño, vigila bien la puerta y no dejes que pase nadie, que seis muchachas de hermosos brazos y yo nos bañamos a escondidas en las aguas tibias estanque.

Sólo queremos reír y nadar. Mantén a los amantes en la calle. Nos remojaemos las piernas y, sentadas en el borde de mármol, jugaremos a las tabas.

Y jugaremos también a la pelota. No dejes entrar a los amantes; nuestro pelo está empapado, tenemos los pechos con la carne de gallina y arrugadas las yemas de los dedos.

¡Por supuesto que aquel que nos sorprendiese desnudas se arrepentiría! Bilitis no es Atenea, pero únicamente se exhibe cuando quiere y castiga a los ojos demasiado ardientes.



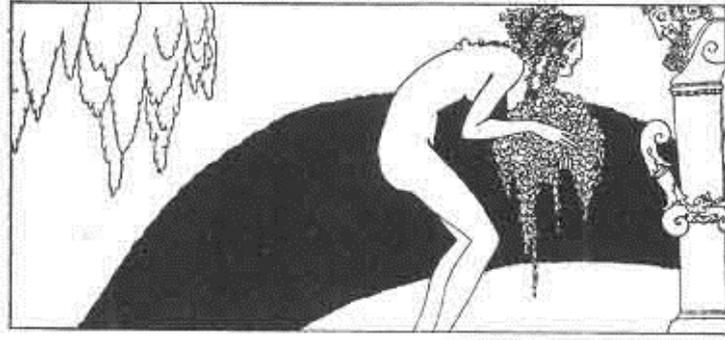
A SUS SENOS

¡Carnes en flor, senos míos! ¡Qué cargados estáis de voluptuosidad! ¡Qué morbidez y qué tibieza y qué frescos perfumes me prodigáis cuando estáis entre mis manos!

Antes erais fríos como pecho de estatua y duros como el insensible mármol. Pero desde que os doblegáis os quiero aún más, vosotros que fuisteis tan amados.

Vuestra forma prieta es el orgullo de mi torso moreno. Tanto si os aprisiono bajo la redcilla de oro, como si os libero del todo desnudos, me precedéis con vuestro esplendor.

Sed felices esta noche. Si mis dedos alumbran caricias hasta mañana por la mañana, sólo vosotros lo sabréis, porque esta noche Bilitis ha pagado a Bilitis.



MYDZOURIS

Mydzouris, malcriadilla, no llores más. Eres amiga mía. Si esas mujeres vuelven a insultarte, seré yo quien les responda. Ven a mis brazos y seca tus ojos.

Sí, sé que eres una niña horrible y que tu madre te enseñó pronto a no temerle a nada. Pero eres joven y, por tanto, nada puedes hacer que no resulte encantador.

La boca de una niña de quince años queda pura pese a todo. Los labios de una mujer canosa, incluso virgen, están degradados; pues el único oprobio es envejecer y nada nos aja salvo las arrugas.

Mydzouris, admiro tus ojos francos, tu nombre impúdico y descarado, tu voz risueña y tu cuerpo leve. Ven a mi casa, serás mi ayudanta, y cuando salgamos juntas, las mujeres te dirán: ¡Salud!



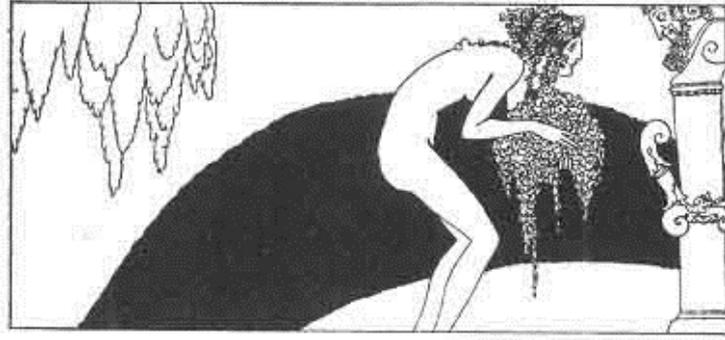
EL TRIUNFO DE BILITIS

Los procesionales me han llevado a mí, Bilitis, en triunfo, completamente desnuda sobre un carro en forma de concha, sobre el que las esclavas, durante la noche, deshojaron diez mil rosas.

Acostada, las manos bajo la nuca, vestidos sólo mis pies y de oro, mi cuerpo descansaba blandamente en el lecho de mis cabellos tibios mezclados con los pétalos frescos.

Doce niños alados me servían como a una diosa; unos sostenían un parasol, los otros me bañaban en perfumes o quemaban incienso a proa.

Y en torno a mí resonaba el rumor ardiente de la muchedumbre, mientras el resuello de los deseos flotaba sobre mi desnudez, entre la azulada bruma de los aromas.



AL DIOS DE MADERA

Venerable Príapo, dios de madera que he hecho empotrar en el borde de mármol de mis baños, no es irrazonable que tú, guardián de los vergeles, veles aquí sobre las cortesanas.

Dios, no te hemos comprado, para sacrificártelas, nuestras virginidades. Nadie puede dar lo que ya no tiene y las celadoras de Palas no recorren ya las calles de Amatontha.

No. En otro tiempo vigilabas sobre la cabellera de los árboles, sobre las flores bien regadas, sobre los frutos cargados y sabrosos. Por eso te hemos elegido.

Guarda ahora nuestras cabezas blondas, las abiertas adormideras de nuestros labios y las violetas de nuestros ojos. Guarda los duros pomos de nuestros senos y concédenos amantes que se te parezcan.



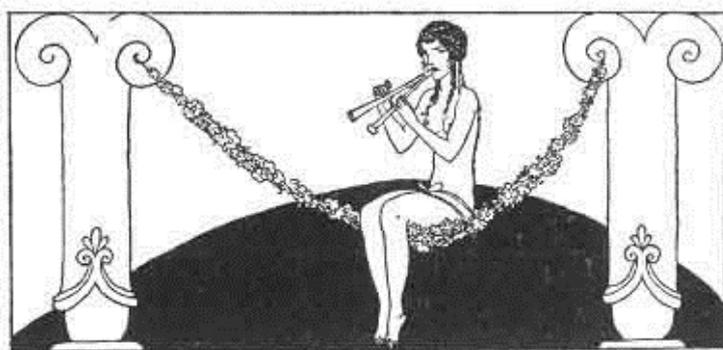
LA DANZARINA DE LOS CRÓTALOS

Myrrhinidion, querida mía, atas a tus manos ligeras los tintineantes crótalos y apenas te despojas de la túnica, tiendes tus miembros nerviosos. ¡Qué hermosa estás con los brazos alzados, la cintura arqueada y los senos enrojecidos!

Empiezas: uno ante el otro tus pies se posan, puntean y se deslizan blandamente. Tu cuerpo se pliega como un echarpe, te acaricias la piel que tiritita y la voluptuosidad inunda tus ojos desmayados.

¡Súbitamente chasqueas los crótalos! Cómbate sobre los tensos pies, lanza las piernas y que tus estrepitosas manos inciten a fajarse los deseos al remolino de tu cuerpo.

Te aplaudimos vociferando, tanto si sonriendo por encima del hombro, agitas con un estremecimiento tu grupa convulsa y musculada, como si ondulas, casi tendida, al ritmo de tus recuerdos.



LA TAÑEDORA DE FLAUTA

Melixó, prietas las piernas, el cuerpo inclinado y adelantados los brazos, deslizas tu doble flauta ligera entre tus labios mojados de vino y tocas a los pies del lecho en que Téleas aún me abraza.

¿No soy una imprudente contratando una muchachita para amenizar mis horas de trabajo? Y, mostrándola así desnuda ante los ojos curiosos de mis amantes, ¿no soy una desconsiderada?

No, Melixó, tañedorcilla, eres una amiga leal. Ayer no te negaste a cambiar de flauta cuando yo desesperaba de satisfacer un arduo amor. Fío en ti.

Porque sé lo que piensas. Aguardas el término de esta noche sin tino, que cruelmente te inflama en vano, para con el amanecer correr, junto a Psyllos, tu único amante, hacia tu incómodo colchoncillo.



EL CINTURÓN ARDIENTE

Tú crees que ya no me amas, Téleas, y desde hace un mes, pasas tus noches comiendo como si las frutas, los vinos, las mieles pudiesen hacerte olvidar mi boca. ¡Crees que ya no me amas, pobre loco!

Hablándole así, desaté mi cinturón sudado y lo arrollé en torno a su cabeza. Aún estaba caliente del ardor de mi vientre y el perfume de mi piel emanaba de sus finas mallas.

Lo aspiró profundamente, con los ojos cerrados, y después, le sentí retornar a mí y vi manifiestos sus renacidos deseos, pero astutamente supe resistirme.

«No, amigo mío, esta noche pertenezco a Lissipos. Adiós». Y agregué huyendo: «Glotón de frutas y verduras, el jardincillo de Bilitis sólo tiene una breva, pero ¡tan sabrosa!».



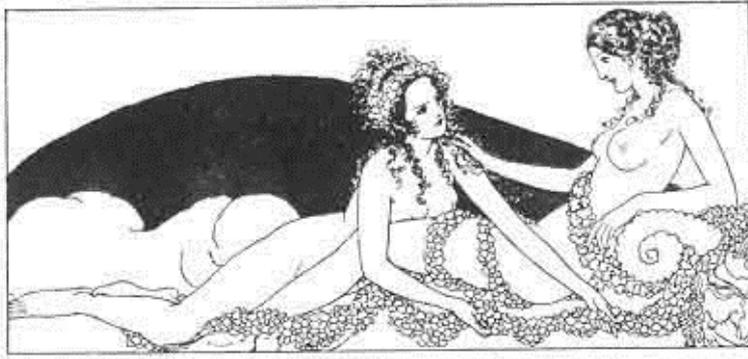
A UN MARIDO SATISFECHO

Te envidio, Agorakrites, por tener una mujer tan cumplida. Es ella quien limpia el establo y quien, por la mañana, en lugar de darse al amor, abreva las bestias.

Te regocijas, dices, porque otras no atienden sino a sus bajas pasiones, velan de noche, duermen durante el día y aún pretenden con el adulterio una criminal hartura.

Sí, tu mujer trabaja en el establo. Y se dice incluso que guarda mil ternezas para el más joven de tus asnos. Ciertamente un hermoso animal que tiene una mancha negra sobre los ojos.

Dicen de ella que juega entre sus patas y bajo su suave barriga gris... pero quienes hablan así son unos maledicentes. Si tanto le gusta tu asno es, seguramente, Agorakrites, porque tu mirada le recuerda la suya.



A UN DESVIADO

De los que sienten los mortales, el más bello entre todos es el amor de las mujeres. Y así pensarías, Kleón, si tuvieras un alma verdaderamente voluptuosa. Pero tú no sueñas sino vanidades.

Malgastas tus noches venerando a los efebos que las mujeres despreciamos. ¡Míralos! ¡Fíjate qué feos son! Compara sus cabezas rechonchas con nuestras cabelleras inmensas; busca nuestros blancos senos sobre su pecho.

Considera junto a sus flancos estrechos nuestras lascivas caderas, amplio lecho ahuecado para el amante. ¿Di en fin qué labios humanos, sino los que querrían tener, tejen la voluptuosidad?

Estás enfermo, Kleón, pero una mujer puede sanarte. Ve a la casa de la joven Satyra, la hija de mi vecina Gorgo. Su grupa es una rosa abierta al sol, y no te negará el placer que ella más prefiere.



INTIMIDADES

¿Que por qué me he vuelto lesbiana?, preguntas, Bilitis. ¿Qué tañedora de flauta no lo es un poco? Soy pobre, no tengo cama; duermo en casa de la que me solicita y se lo agradezco con lo que tengo.

Desde pequeñas danzamos desnudas, ¡y qué bailes!, tú los conoces, querida; los doce deseos de Afrodita. Nos miramos las unas a las otras, comparamos nuestras desnudeces y las juzgamos hermosas.

Durante la noche prolongada nos calentamos con el placer de los espectadores; pero nuestro ardor no conoce disimulo y lo sentimos tan hondo que, a veces, una de nosotras arrastra, tras las puertas, a la compañera que consiente.

¿Cómo podríamos amar al hombre, tan zafio con nosotras? Nos toma por putillas y nos abandona antes del goce. Tú, tú que eres mujer, sabes lo que yo siento y me tomas como si fuese tú misma.



EL ENCARGO

»Escúchame, vieja, dentro de tres días doy un banquete. Necesito diversiones. Me alquilarás todas tus chicas. ¿Cuántas tienes y qué saben hacer?

—Tengo siete. Tres bailan la Kordax con el echarpe y el falo. Nefeles, la de las tersas axilas, imitará el amoroso arrullo de la paloma entre sus senos rosados.

Una cantante de bordado peplos cantará canciones de Rodas acompañada por dos aulétridas que llevan guirnaldas de mirto arrolladas a sus piernas morenas.

—Está bien. Que estén recién depiladas, bañadas y perfumadas de pies a cabeza. Y dispuestas a otros juegos si se los piden. Ve a dar las ordenas. Adiós.



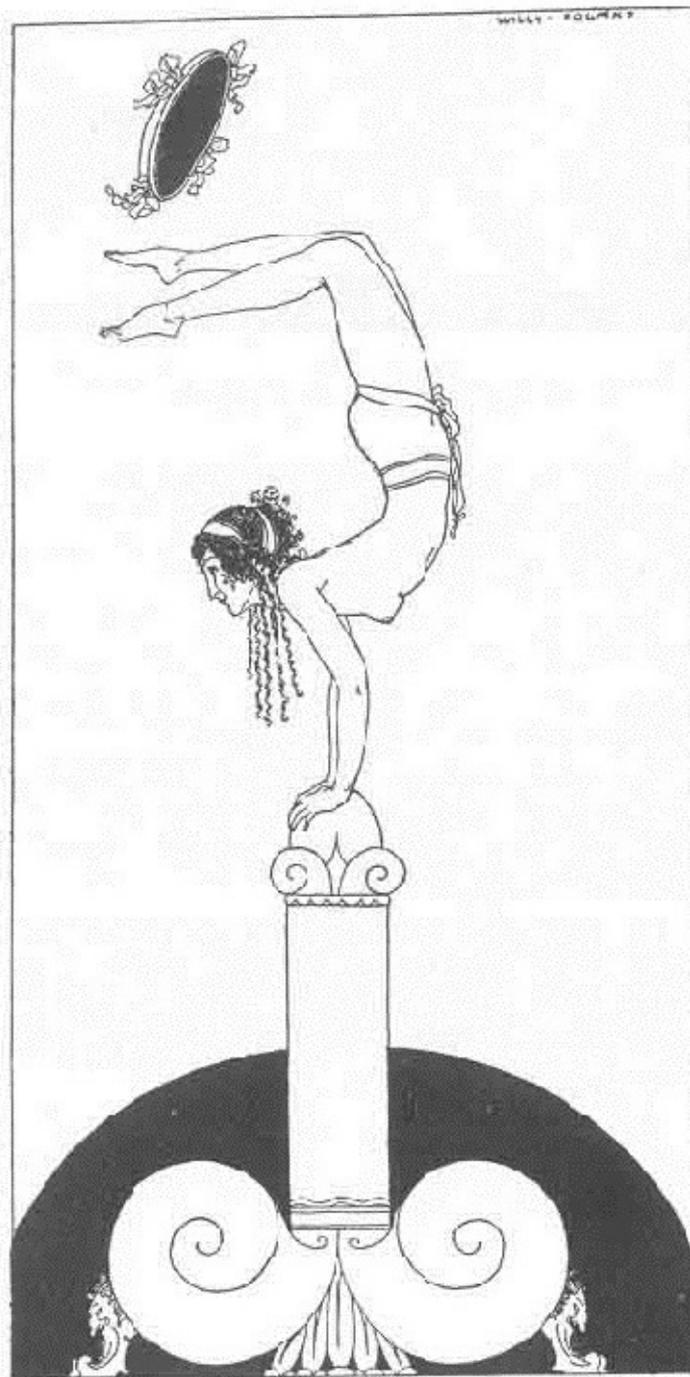
LA FIGURA DE PASIFE

En los excesos que dos jóvenes y varias cortesanas cometieron en mi casa, donde el amor corre como el vino, Damalis, para festejar su nombre, bailó la Postura de Pasife.

Antes encargó a Kiton que moldeara dos máscaras de vaca y toro, para ella y para Karmantides. Esgrimía dos terribles cuernos y en la grupa un rabo peludo.

Las demás mujeres, dirigidas por mí, portando flores y antorchas, girábamos sobre nosotras mismas y gritando y acariciando a Damalis con las puntas de nuestras cabelleras sueltas.

Sus mugidos y nuestros cantos y los contoneos de nuestras caderas se prolongaron más que la noche. Vacía, la estancia aún está caliente. Y contemplo mis rodillas enrojecidas y las ánforas de Kios donde nadan las rosas.





LA SALTIMBANQUI

Cuando el clarear del alba se mezcló con el debilitado brillo de las antorchas, hice entrar a la orgía a una viciosa y ágil flautista que tiritaba de frío.

Alquilad a la chiquilla de párpados azules, de cabellos cortos, de puntiagudos senos, vestida únicamente de un cinturón del que penden cintas amarillas y tallos de lirios negros.

¡Alquiladla! Porque fue diestra y ejecutó difíciles volteretas. Hizo malabares con los aros sin romper cosa alguna y se deslizó a través como un saltamontes.

A veces hizo la rueda con las manos y los pies. O bien, con ambas piernas al aire y separadas las rodillas, se curvaba hacia atrás hasta tocar el suelo riendo.



LA DANZA DE LAS FLORES

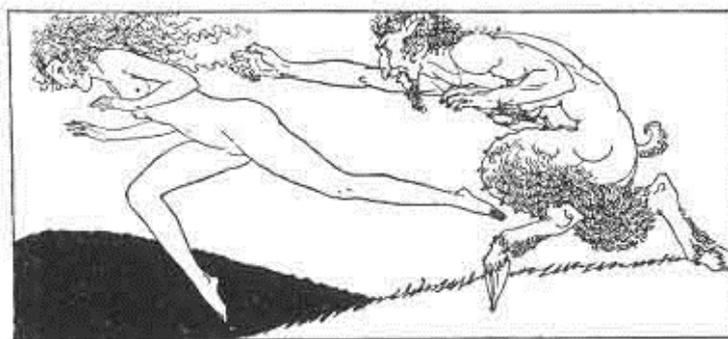
Anthis, danzarina de Lydia, se ciñe con siete velos. Despliega el velo amarillo y su negra cabellera se esparce. El velo rosa se desliza de su boca y el velo blanco, caído, deja descubiertos sus brazos desnudos.

Libera sus pechitos del velo rojo que se desanuda. Humilla el velo verde de su grupa doble y redonda. Retira el velo azul de sus hombros, pero aplasta contra su pubis el último velo transparente.

Los jóvenes la suplican: ella sacude la cabeza hacia atrás. Al solo son de las flautas lo desgarran un poco, y luego del todo, y con los movimientos de la danza recoge las flores de su cuerpo.

Y canta: «¿Dónde están mis rosas? ¡Dónde mis violetas perfumadas! ¡Dónde mis manojos de perejil! Éstas son mis rosas, os las doy. Éstas, mis violetas, ¿las queréis? Éstos, mis hermosos perejiles rizados».





LA VIOLENCIA

No, no me poseerás a la fuerza, ni lo sueñes, Lamprias. Si oíste decir que han violado a Parthenis, mejor que sepas que algo puso ella de su parte, pues no se goza de nosotras sin ser convidado.

¡Oh! Esfuérzate tanto como puedas. Ves, has fracasado, sin embargo, apenas me defiendo. No pediré auxilio y ni siquiera lucho; pero me meneo. Pobre amigo mío, fracasaste otra vez.

Continúa. Este juegucito me divierte. Sobre todo, porque estoy segura de vencer. Todavía otro intento malhadado y quizá te halles luego menos dispuesto a probarme tus apagados deseos.

¿Qué haces, verdugo? ¡Perro! ¡Me rompes las muñecas! ¡Y esa rodilla, esa rodilla que me revienta! ¡Ay! Vaya, ahora, bonita victoria la de seducir a rastras a una muchacha sollozante.



CANCIÓN

El primero me dio un collar, un collar de perlas que vale una ciudad, con sus palacios y sus templos, con sus tesoros y sus esclavos.

El segundo compuso versos para mí. Decía que mis cabellos son negros como los de la noche y mis ojos azules como los de la mañana.

El tercero era tan bello que su madre no podía besarle sin rubor. Puso su mano sobre mis rodillas y sus labios sobre mi pie desnudo.

Tú, tú nada me has dicho. Tú nada me has dado, porque eres pobre. Y no eres siquiera hermoso, pero es a ti a quien amo.



CONSEJOS A UN AMANTE

Si deseas, mi joven amigo, que te ame una mujer, sea ella quien sea, no la digas que la quieres, sino haz que te vea todos los días y después desaparece para regresar más tarde.

Si te dirige la palabra, muéstrate amoroso, pero sin apremio. Vendrá a ti por sí misma. El día que ella pretenda entregarse, asegúrate de poseerla por la fuerza.

Cuando la recibas en tu lecho, descuida tu propio placer. Las manos de una mujer enamorada titubean sin acariciar. Dispénsalas de ser activas.

Pero tú no descanses. Prolonga los besos hasta perder el aliento. No la dejes dormir aunque te lo suplique. Besa siempre el rincón de su cuerpo en el que ponga los ojos.



CENA DE AMIGAS

Myromeris y Maskhalé, amigas mías, venid conmigo esta noche que no tengo amante y, echadas sobre esterillas de Byssos en torno a la cena, charlaremos.

Una noche de descanso os sentará bien, dormiréis en mi lecho, incluso sin afeites y mal peinadas. Poneos una sencilla túnica de lana y dejad vuestras joyas en el cofre.

Nadie os obligará a danzar para admirar vuestras piernas y los lánguidos movimientos de vuestras caderas. Nadie os pedirá las posturas sagradas para comprobar si sois complacientes.

Además, he encargado para nosotras no dos flautistas de hermosa boca, sino dos marmitas de dorados guisantes, pasteles de miel, croquetas y mi último odre de Khíos.



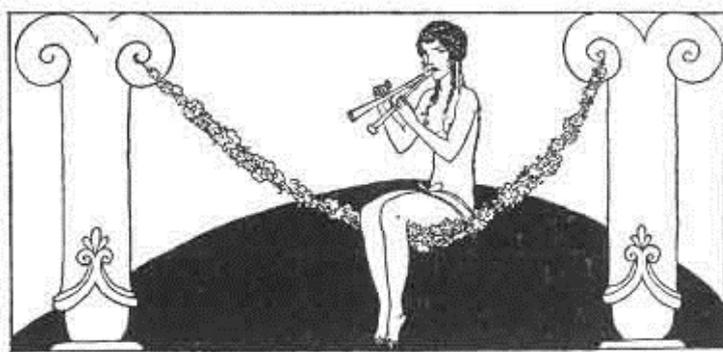
LA TUMBA DE UNA JOVEN CORTESANA

Aquí yace el delicado cuerpo de Lydé, palomita, la más alegre de todas las cortesanas, la que más que cualquier otra amó las orgías, los cabellos flotantes, las danzas lánguidas y las túnicas color jacinto.

Más que cualquier otra gustó las sabrosas mamadas, las caricias en la mejilla, los juegos que sólo la lámpara ve y el amor que quebranta los miembros. Y ahora en una mínima sombra.

Pero antes de bajarla a su tumba, la han peinado maravillosamente y acostado sobre rosas; incluso la piedra que la cubre está impregnada de esencias y perfumes.

¡Tierra sagrada, nodriza del mundo, acoge blandamente a la pobre muerta, acúnala en tus brazos, oh, Madre! Y haz brotar en torno a su estela no las ortigas ni los espinos, sino las tiernas violetas blancas.



LA VENDEDORCILLA DE ROSAS

Ayer, me contó Naïs, estaba en la plaza, cuando una muchachita en pingos rojos y cargando rosas pasó delante de un grupo de jóvenes. Y escucha lo que oí:

«Compradme algo. —Explícate, pequeña, porque no sabemos lo que vendes: ¿tú?, ¿tus rosas? ¿Todo a la vez? —Si me compráis todas estas flores tendréis la mía por nada.

—¿Y cuánto quieres por tus rosas? —Hacen falta seis óbolos para mi madre o me apaleará como a una perra. —Síguenos, tendrás una dracma. —Si es así, ¿voy a buscar a mi hermana?».».

Y las dos siguieron a esos hombres. Aún no tenían pechos, Bilitis. Ni siquiera sabían sonreír. Trotaban como cabritillo que se empuja al matadero.



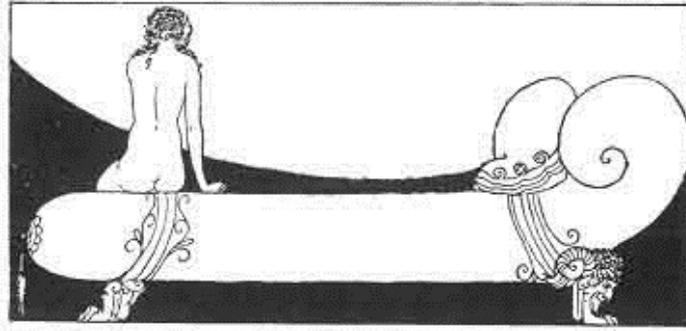
LA PELEA

¡Ah! ¡Por Afrodita, ya estás aquí! ¡Cerde! ¡Podrida! ¡Parásito! ¡Estéril! ¡Penco! ¡Siniestra! ¡Buena para nada! ¡Mala puerca! No intentes escaparte. Acércate, acércate un poco más.

¡Fijaos en esta puta de puerto que ni siquiera sabe plegar su manto sobre el hombro y que usa afeites tan malos que el negro de las cejas le corre por las mejillas como regajos de tinta!

Eres focense, así que acuéstate con los de tu raza. En cuanto a mí, mi padre era heleno y tengo derecho sobre todos aquellos que visten petasis y también sobre los demás si me apetecen.

No te detengas otra vez en mi calle o te mandaré al Hades a copular con Caronte y diré acertadamente: «¡Que la tierra te sea leve!», para que los perros te desentierren cómodamente.



MELANCOLIA

Tirito; la noche está fría y el bosque empapado. ¿Por qué me has traído aquí? ¿No es mi gran lecho mucho más blando que este musgo sembrado de piedras?

Mi túnica florida se manchará con la hierba; mis cabellos se llenarán de pajillas; mi codo, mira mi codo, ya se ensució de tierra mojada.

Hace tiempo, sin embargo, yo seguía por los bosques al que... ¡Ay! Déjame un rato. Esta noche estoy triste. Déjame sin decir una palabra, tapándote los ojos.

¿Es que no puedes esperar? ¡Somos acaso bestias salvajes para ayuntarnos así! ¡Déjame! No abrirás mis rodillas ni mis labios. Hasta mis ojos, temiendo las lágrimas, se cierran.



LA PEQUEÑA FANIÓN

Detente, extranjero, y contempla a quien te hizo señas: es la pequeña Fanión de Cos, se merece que la escojas.

Mira, sus cabellos se rizan como el perejil, su piel es tan suave como plumón de pájaro. Es menuda y morena y de amena conversación.

Si aceptas seguirla, no te pedirá todo el dinero dispuesto para tu viaje, no, sino sólo una dracma o un par de sandalias.

En su casa hallarás buena cama, higos frescos, leche, vino, y, si hace frío, encendido el fuego.



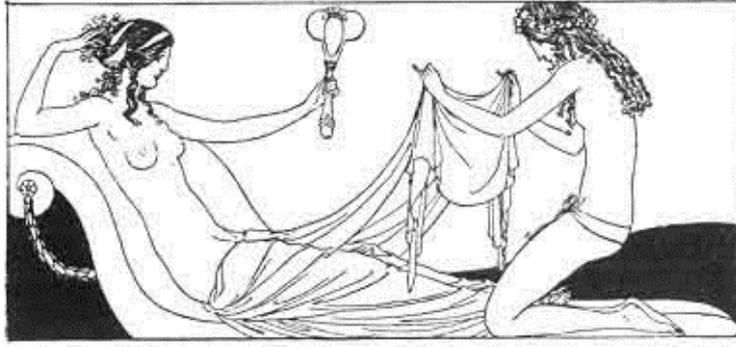
INDICACIONES

Transeúnte que te detienes, si precisas muslos esbeltos y caderas nerviosas, un pecho duro y rodillas que estrechen, ve a casa de Plangon, es amiga mía.

Si buscas una chica risueña, de exuberantes senos, cintura delicada, poderosa grupa y caderas pronunciadas, sigue hasta la esquina de esta calle, donde vive Spidhorellis.

Pero si prefieres las lentas horas calmas en brazos de una cortesana, la piel suave, el vientre cálido y el olor de los cabellos, busca a Milto y quedarás contento.

No esperes demasiado amor; pero aprovecha su experiencia. A una mujer se le puede exigir todo cuando está desnuda, es de noche y las cien dracmas están sobre el hogar.



EL MERCADER DE MUJERES

«¿Quién está ahí? —Soy el mercader de mujeres. Abre tu puerta, Sostrata, te traigo dos bicocas. Primero ésta. Acércate, Anasyrtolis, y descúbrete. —Está un poco gorda.

Es una belleza. Además, danza la kordax y sabe ochenta canciones. —Vuélvete. Levanta los brazos. Muestra tus cabellos. Trae el pie. Sonríe. Vale.

Ahora ésta. —¡Es demasiado joven! —¡Que va! Cumplió los doce anteayer y ni tú le enseñarás nada nuevo. —Quítate la túnica. Veamos. No. Está flaca.

—No pido más que una mina. —¿Y por la primera? —Dos minas treinta. —¿Tres minas por las dos? —Hecho. —Entrad allí y lavaos. Tú, adiós».





EL EXTRANJERO

Extranjero, no vayas más allá por la ciudad. No encontrarás fuera de mi casa chicas más jóvenes ni más expertas. Yo soy Sostrata, célebre del otro lado del mar.

Mira ésta cuyos ojos son verdes como el agua sobre la hierba. ¿No la quieres? He aquí otros ojos, negros como la violeta, y una cabellera de tres codos.

Aún tengo otra mejor. Xantho, abre tu cyclas. Extranjero, sus senos son duros como membrillos, pálpalos. Y su hermoso vientre, ya lo ves, tiene los tres pliegues de Cypris.

La he comprado junto a su hermana, que no está todavía en edad de amar, pero que la secunda provechosamente. ¡Por las dos diosas! Eres de noble raza. ¡Phyllis y Xantho, seguid al caballero!



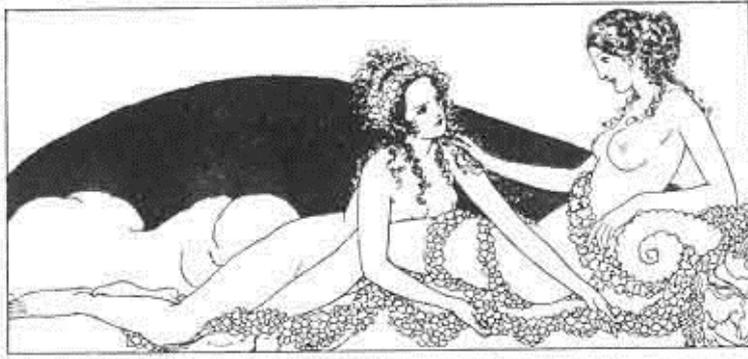
EL RECUERDO DE MNASIDIKA

Danzaban la una ante la otra con rápido movimiento y huyendo; parecían siempre querer enlazarse y, sin embargo, no se tocaban salvo con la punta de los labios.

Cuando danzando se volvían la espalda, se miraban, la cabeza sobre el hombro, y el sudor brillaba sobre sus brazos alzados y sus finas melenas les pasaban ante sus senos.

La languidez de sus ojos, el fuego de sus mejillas, la gravedad de sus rostros, eran tres canciones ardientes. Se rozaban furtivamente, encorvaban sus cuerpos sobre las caderas.

Y súbitamente cayeron para concluir en tierra la mórbida danza... Fue entonces cuando asomaste, recuerdo de Mnasidika, y salvo la querida imagen todo me importunaba.



LA JOVEN MADRE

No creas, Myromeris, que por haber sido madre estás menos bella, sino que, bajo la ropa, tu cuerpo ha redondeado sus afiladas formas en una mórbida voluptuosidad.

Tus senos son dos anchas flores volcadas sobre tu pecho y cuyo tallo cortado alimenta una savia lechosa. Tu vientre, más blando, desfallece bajo la mano.

Y ahora fíjate en la niñita nacida del estremecimiento que sentiste una noche en los brazos de un amor pasajero del que siquiera recuerdas el nombre. Sueña con su lejana fortuna.

Esos ojos que apenas se abren, se alargarán un día con un trazo de negra pintura y sembrarán en los hombres el dolor o la alegría con un solo movimiento de sus pestañas.



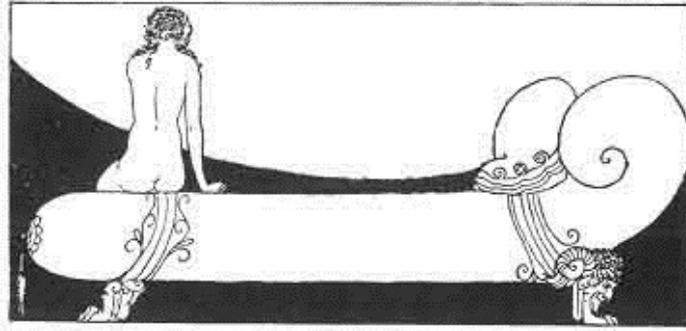
EL DESCONOCIDO

Duerme. No sé quién es. Me da horror. Sin embargo, su bolsa está repleta de oro y al entrar ha dado cuatro dracmas a la esclava. Espero una mina para mí.

Pero he ordenado a la frigia que ocupara mi lugar en la cama. Ebrio la ha tomado por mí. Antes moriría en el suplicio que tumbarme junto a ese hombre.

¡Ay de mí! Sueño con los prados del Tauros... Fui una virgencilla... Mi pecho entonces era leve y estaba tan loca de amorosos deseos que aborrecía a mis hermanas casadas.

¡Qué no hubiese hecho entonces por conseguir lo que desprecio esta noche! Hoy mis mamas caen y en mi corazón demasiado gastado, Eros se adormece de cansancio.



EL CHASCO

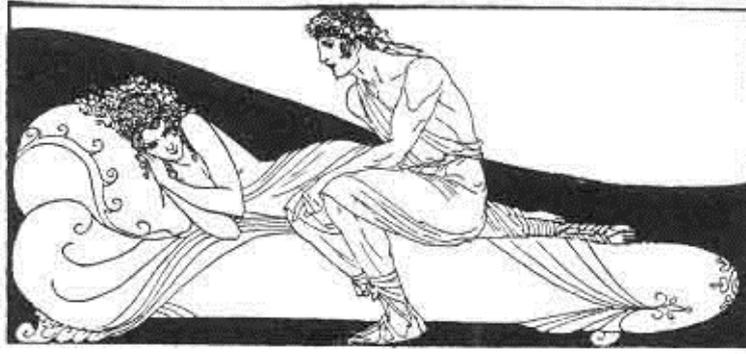
Me despierto... ¡Se ha marchado ya! ¿Ha dejado algo? Nada: dos ánforas vacías y flores ajadas. Toda la alfombra está enrojecida de vino.

He dormido, pero todavía estoy ebria... ¿Con quién volví a casa...? Desde luego, nos hemos acostado; el lecho está calado de sudor.

A lo mejor eran varios; la cama está tan revuelta. No sé nada... ¡Pero alguien tuvo que verlos! Aquí está mi frigia. Aún duerme, atravesada en la puerta.

Le doy un puntapié en el pecho y grito: «Perra, ¡es que no podías...!».

Estoy tan ronca que no puedo ni hablar.



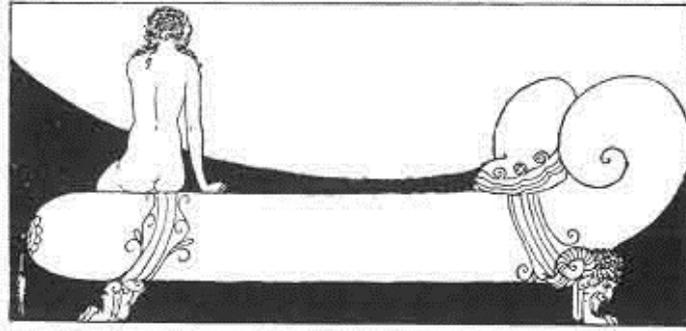
EL ULTIMO AMANTE

Niño, no te marches sin amarme. De noche, aún soy bella: verás que mi otoño es más cálido que la primavera de otras.

No busques el amor de las vírgenes. Amar es un arte difícil en el que las jovencitas están poco versadas. Yo lo he aprendido durante toda mi vida para ofrecérselo a mi último amante.

Mi último amante serás tú, lo sé. Tuya es mi boca, por la que un pueblo entero ha palidecido de deseo. Tuyos mis cabellos, los mismos que cantó Psappa la Grande.

Recogeré para ti lo que resta de mi juventud perdida. Consumiré incluso los recuerdos. Te daré la flauta de Lykas, el cinturón de Mnasidika.



LA PALOMA

Soy bella desde hace ya mucho tiempo; ya se acerca el día en el que no seré mujer. Y entonces conoceré los recuerdos desgarradores, los ardientes deseos solitarios y las lágrimas sobre las manos.

Si la vida es un largo sueño ¿para qué resistírsele? Ahora, aún exijo, durante la noche, cuatro y cinco veces, el amoroso goce, y cuando se agotan mis entrañas me duermo allí donde mi cuerpo cae.

Por la mañana abro los párpados y tiritó abrigada sólo en mis cabellos. Una paloma se posa en mi ventana y le pregunto en qué mes estamos. Me responde: «En el mes en que se encelan las mujeres».

¡Ah! ¡Sea este mes cual sea, acierta la paloma, Cypris! Y echo los brazos en torno a mi amante y entre escalofríos estiro hasta los pies del lecho mis entumecidas piernas.



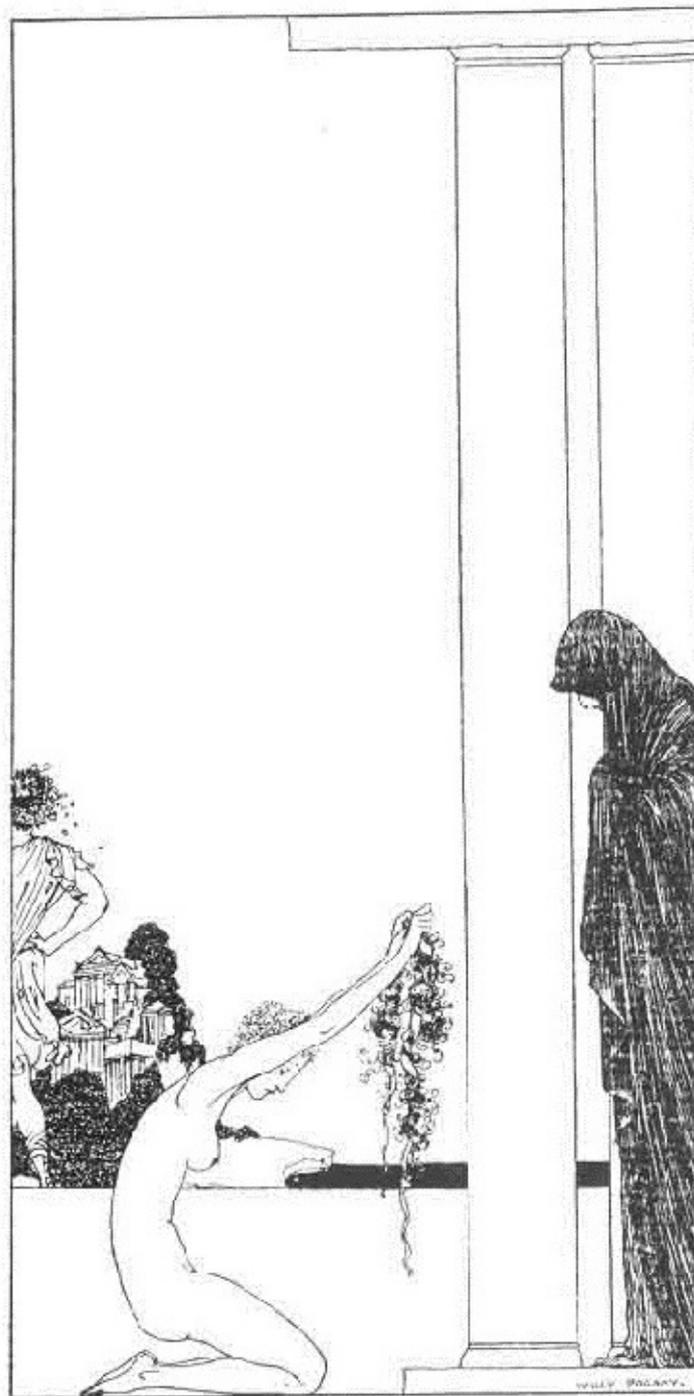
LA MAÑANA LLUVIOSA

Huye la noche. Se alejan las estrellas. Las últimas cortesanas han vuelto a casa con sus amantes. Y yo, bajo la lluvia matinal, escribo estos versos en la arena.

Las hojas están cargadas de agua que brilla. Los arroyuelos en los senderos arrastran tierra y hojas muertas. La lluvia, gota a gota, horada mi canción.

¡Qué triste y solitaria estoy! Los más jóvenes ya no me miran, los ancianos me olvidaron. Vale. Ellos, y los hijos de sus hijos, repetirán mis versos.

Algo que ni Myrtalé, ni Thais, ni Glikera se dirán el día en que se hundan sus bellas mejillas. Los que amen tras de mí, cantarán a coro mis estrofas.





LA VERDADERA MUERTE

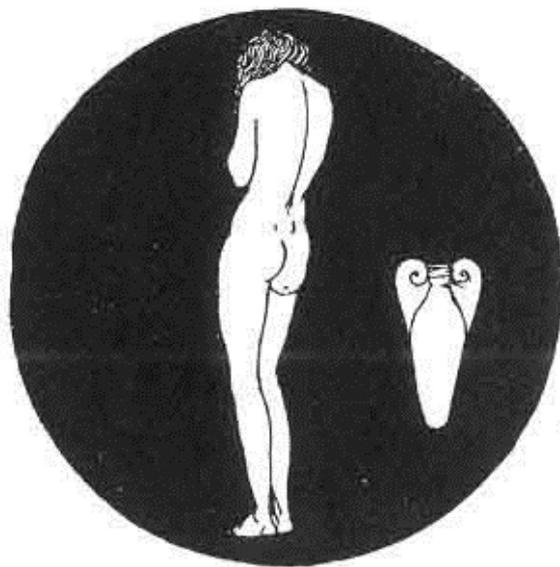
¡Afrodita! ¡Diosa despiadada! Has querido que también en mí la feliz juventud de hermosos cabellos se desvaneciese en contados días. ¡Por qué no estoy ya del todo muerta!

Me he mirado al espejo: ya no veo sonrisas ni lágrimas. ¡No puedo creer que el dulce rostro que amaba Mnasidika fuese el mío!

¡Es posible que todo haya acabado! Aún no he vivido cinco veces ocho años, me parece que he nacido ayer y ya es preciso que diga: «No me amarán más».

He envuelto en mi cinturón mi cabellera cortada y te la ofrezco, Cypris eterna. No cejaré de adorarte. Éste es el último verso de la piadosa Bilitis.

LA TUMBA DE BILITIS





PRIMER EPITAFIO

En el país donde los manantiales brotan del mar y donde el lecho de los ríos es de hojas de roca, nació yo, Bilitis.

Mi madre era fenicia; mi padre, Damófilos, heleno. Mi madre me enseñó los cantos de Byblos, tristes como el alba.

He servido a la Astarté de Chipre. He conocido a Psappha de Lesbos. He cantado como amé. Si he vivido bien, díselo a tu hija, caminante.

Y no sacrifiques por mí la cabra negra, sino que en dulce libación, ordeña sus ubres sobre mi tumba.



SEGUNDO EPITAFIO

En las laderas sombrías del Melas, en Tamassos de Panfilia, nació yo, Bilitis, hija de Damófilos. Descanso lejos de mi patria, ya lo ves.

Muy niña aún aprendí los amores de Adonis y Astarté, los misterios de la Siria santa y la muerte y el retorno hacia Aquella de los párpados redondos.

¿Es censurable que haya sido cortesana? ¿No era ese mi deber como mujer? Forastero, la Madre de todas las cosas nos guía. No es prudente ignorarla.

En gratitud a ti que te detuviste, te deseo este destino: puedes ser amado y no amar. Adiós. Acuérdate, en tu vejez, que viste mi tumba.



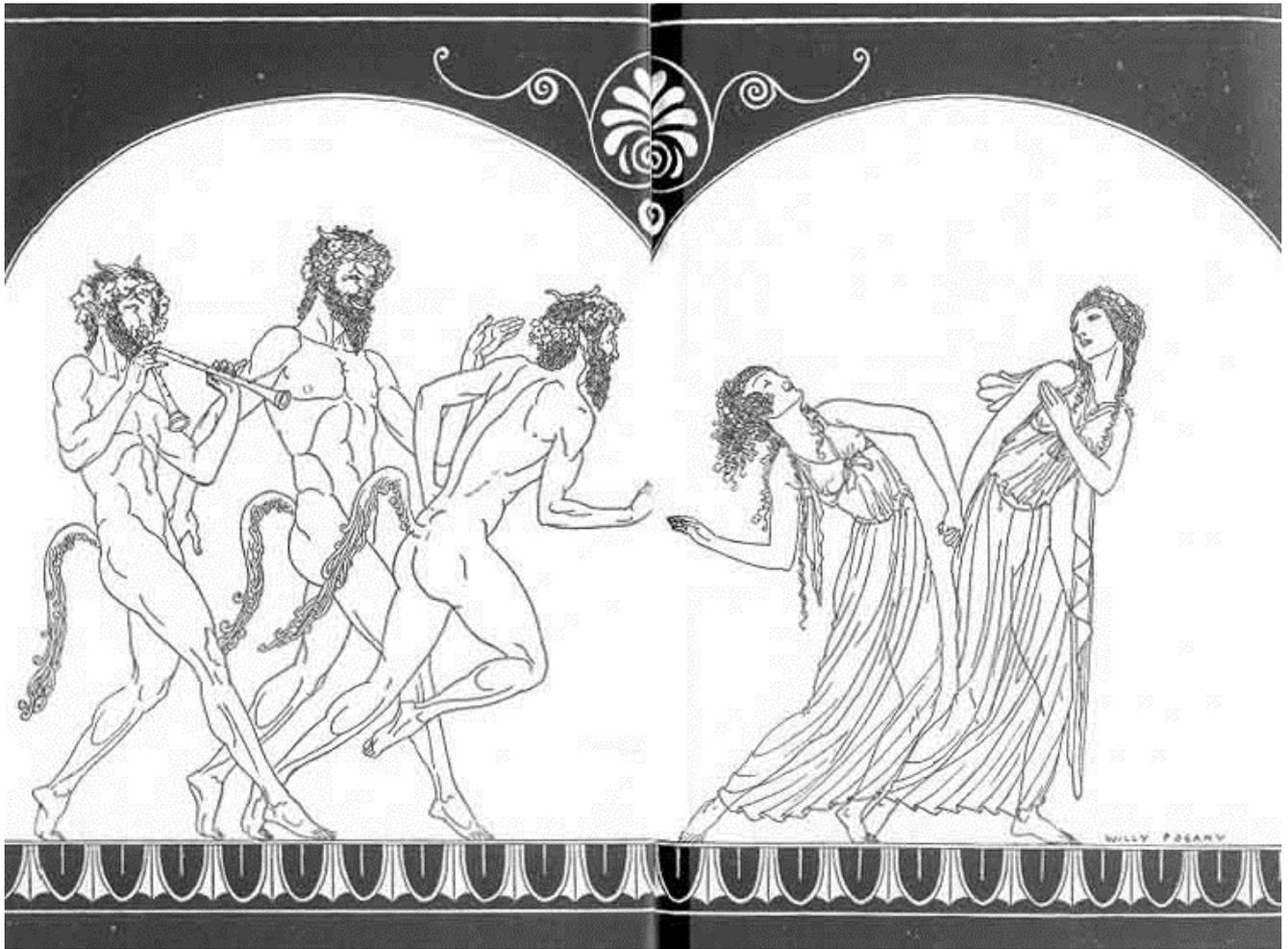
ULTIMO EPITAFIO

Bajo las negras hojas de los laureles, bajo las enamoradas rosas, yazgo yo, que supe trenzar verso con verso y hacer florecer el beso.

Crecí en el país de las Ninfas; viví en la isla de las amigas y he muerto en la isla de Cypris. Por ello mi nombre es famoso y está mi estela lustrada de aceite.

No me llores, tú que te detienes: me hicieron hermosos funerales: las plañideras desgarraron sus mejillas y enterraron en mi tumba espejos y collares.

Y ahora me paseo sobre las pálidas praderas de asfódelos como impalpable sombra, y el recuerdo de mi vida terrena es la alegría de mi vida subterránea.





Pierre Louÿs (Gante, 1870 - París, 1925). Poeta y narrador de lengua francesa, integrante del movimiento simbolista. De ascendencia aristocrática, cursó estudios de filosofía y trabó amistad con A. Gide y más tarde con P. Valéry. En 1890 fue presentado a S. Mallarmé y luego a J. M. de Heredia. Al año siguiente publicó en la revista *Le Conque* su primer poemario, *Astarté*. Se relacionó con el medio simbolista, tanto belga como francés, colaborando en publicaciones como *La Revue Blanche*, *Mercure de France* y *Centaure*. Esta última dio a conocer los sonetos de *Hamadryades*.

A partir de 1892 comenzó a escribir en prosa. Merecen destacarse los relatos líricos *Leda*, *Ariadna* y, sobre todo, las *Canciones de Bilitis*, reconstrucción minuciosa de la lírica lésbica, que fue presentada como la traducción de un original en realidad inexistente. Durante una estancia en Londres, en compañía de O. Wilde, bosquejó en verso *Afrodita*, la novela que lo consagraría y que describe los tormentos de una adolescente en busca del verdadero amor.

El relato *La mujer y el pelele*, de ambiente español, apareció en 1898. De 1899 a 1906 se sucedieron *Aventures du roi Pausole*, *Byblis*, *L'Homme de Pourpre*, *Sanguines*, *Archipel*. Vivió luego diez años de meditación durante un retiro en la campiña, y en 1916 reencontró un esbozo olvidado de su gran poema *Pervigilium Mortis*, que terminó de escribir.